

**Hablar, escribir; pensar, leer
en la Era Digital**
Nuevos paradigmas, nuevas herramientas

Hilda Gómez González
Antonio Tenorio

[...] la verdad es una técnica cultural que atenta contra el cambio por medio de la exclusión y la trascendencia.

Byung – Chul Han

*Shanzhai. El arte de la falsificación
y la deconstrucción en China*

Hoy ha dejado de ser concebible una totalidad que no sea potencial, conjetural, múltiple.

Ítalo Calvino

Seis propuestas para el próximo milenio

Las tecnologías son artificiales, pero lo artificial es natural para los seres humanos.

Walter Ong

Orality and Literacy

Contenido

Sobre la autora y el autor

Introducción

0. El árbol que se convirtió en colmena.
1. Los curiosos garabatos.
2. Del habla a la escritura: una breve reflexión
3. Hablar, escribir; pensar, leer: un solo proceso
4. La sociedad de la información, un punto de partida.
5. Escritura e hibridación.
6. Oralidad y lectura digital.
7. Nuevas brechas; nuevas competencias.
8. Eslabones de la Cuarta Revolución Industrial
9. La inmensa brevedad, ideas sobre lo mínimo

Bibliografía mínima citada

Sobre la autora y el autor

Introducción

El árbol que se convirtió en colmena.

Los curiosos garabatos

Del habla a la escritura: una breve reflexión

Hablar, escribir; pensar, leer: un solo proceso

La sociedad de la información, un punto de partida.

Escritura e hibridación

Oralidad y lectura digital.

Nuevas brechas; nuevas competencias

Eslabones de la Cuarta Revolución Industrial

La inmensa brevedad, ideas sobre lo mínimo

Bibliografía mínima citada

Sobre la autora y el autor

HILDA GÓMEZ GONZÁLEZ, es Licenciada en Comunicación por la UNAM, y cuenta con estudios de Maestría en Dirección Estratégica de Proyectos en TIC, en Infotec, Centro de Investigación e Innovación en Tecnologías de la Información y Comunicación.

Gestora cultural, productora, locutora, comentarista, conductora y guionista de radio. Paralelamente se ha desarrollado en el ámbito del estudio, reflexión y formación en temas vinculados a igualdad de género, defensoría de audiencias y participación ciudadana.

Se desempeña como Defensora de las Audiencias en UAM Radio 94.5 desde 2019.

Es Socia Fundadora y Presidenta de Desarrollo de Proyectos de AlfabetizaDigital, Agencia para la Inclusión y las Creatividades Digitales.

ANTONIO TENORIO, es Sociólogo, Maestro en Letras y Candidato a Doctor en Letras. Cuenta asimismo con estudios de posgrado en Educación disruptiva, Administración de instituciones educativas y es Candidato a Maestro en Políticas públicas, con énfasis en Innovación.

Es Profesor universitario, Investigador, Narrador, Ensayista y un decidido promotor de un modelo de transformación digital de la sociedad basado en las personas. Ha sido Diplomático, Servidor Público y colaborador de diversos Medios en México y el extranjero.

Ha publicado de forma individual doce libros. Es autor de *Valor público y Era Digital en el cambio de época*, publicado en 2018.

Es Presidente ejecutivo de AlfabetizaDigital, Agencia para la Inclusión y las Creatividades Digitales.

Introducción

Hacia mediados de 2019 recibimos una llamada en AlfabetizaDigital, Agencia para la Inclusión y las Creatividades Digitales. A través de una tercera persona, el área vinculada con el programa de capacitación de la Sala Regional Especializada del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, en México, había tenido referencias de nuestro trabajo.

Luego de preguntarnos si trabajábamos bajo esquemas de actualización o capacitación institucional, nos preguntaron si sería posible que planeáramos un curso que fortaleciera las habilidades para escribir de quienes colaboran en esa instancia judicial.

Por supuesto que dijimos que sí y ofrecimos hacer que ese curso estuviese cruzado por lo digital como el resorte central que hoy reorganiza todas las experiencias, personales y profesionales, a las que se enfrenta cualquier persona en el mundo contemporáneo.

Desde los inicios de su labor, AlfabetizaDigital, ha concebido a la Era digital antes que por los dispositivos o herramientas que ha traído consigo, como el inicio de una época en la que las nociones esenciales que dieron forma al mundo anterior, están siendo substituidas por nuevos referentes.

Cuando desde AlfabetizaDigital afirmamos que Lo Digital Es La Experiencia, divisa que distingue la labor que llevamos a cabo, lo que estamos tratando de subrayar es, justamente, nos encontramos frente a una revolución de las

mentalidades en la que la configuración de nuestras experiencias, aun las más sencillas y cotidianas, se halla en un proceso de cambio radical.

Es la manera de encarar esas tareas, el modo en que nos relacionamos con los objetos y la forma en que estas nuevas prácticas recalcan en también nuevos espacios de interacción y de simbolización, lo que hace que las personas desplacen sus nociones anteriores hacia lo digital.

Se trata, entonces, de un triple movimiento en el que las herramientas digitales participan, sí, sin duda, pero en el que el motor de esta transformación en las nociones básicas de las prácticas y las representaciones, descansa, más bien, en la disposición de modificar nuestra manera de pensar y de experimentar el mundo.

Bajo esa convicción propusimos a la Sala Regional Especializada un programa de trabajo que se enfocara a las habilidades para la escritura profesional colocando el énfasis en las condiciones y desafíos que la Era digital impone. La aceptación no solo fue inmediata sino además llena de entusiasmo.

El ánimo de quienes trabajamos en AlfabetizaDigital también fue grande. Porque creemos en lo que hacemos. Pero además porque la disposición de la Sala Regional Especializada reafirmaba nuestra certeza de que la estrategia que nos hemos planteado para no trabajar con clientes sino a partir de la noción de Instituciones u Organizaciones Aliadas, es la correcta.

Así nació un Programa de trabajo que, usando las ventajas que permite la Plataforma AlfaBD-eLearning/Inteligencias en Red, se abrió camino para configurar

una propuesta que hacía converger dos líneas: una práctica; otra, dirigida a incitar la reflexión sobre las implicaciones de la transformación que hoy se vive en torno de aquellos pilares o actividades que damos por hecho, la escritura, el habla, la lectura.

Lo que comenzó siendo pensado como una estrategia para fortalecer habilidades vinculadas a la sintaxis, la gramática o la ortografía, se amplió felizmente a un Seminario-Taller.

En cada sesión abrimos un espacio para presentar una disertación que diera cuenta de la profundidad de la transformación que hoy viven las nociones establecidas en torno al habla, la escritura y la lectura.

Al mismo tiempo teníamos el propósito de alimentar la propia reflexión de las y los participantes sobre el impacto de lo digital en la manera de concebir su propia vida y sus relaciones sociales, personales, familiares y, por supuesto, laborales.

El libro que ahora presentamos recoge las nueve disertaciones que acompañaron casi todas las sesiones del trabajo realizado a la par de la Sala Regional Especializada del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación.

Los nueve textos que aquí se recogen mantienen el orden en que fueron presentadas y, salvo algunas supresiones de expresiones verbales propias de un texto destinado a ser leído en voz alta, se presentan de modo prácticamente íntegro.

Hay un texto, el primero de todos, que es una excepción. Forma parte de la labor de difusión y promoción del debate y la reflexión que hace AlfabetizaDigital, pero su origen es una solicitud expresa que nos hizo la Universidad Autónoma de

Chihuahua para la Conferencia con la que inauguraría su Semana de las Humanidades, este mismo 2019.

Como se apreciará, así lo deseamos, las disertaciones que este libro recoge, tanto las que se leyeron en el Seminario de la Sala Regional Especializada, como el que se presentó en la Universidad Autónoma de Chihuahua, siguen la línea fundamental de centrar lo digital en el orden de suscitar y acompañar el cambio en el horizonte de las mentalidades que hoy, estamos ciertos, vive el planeta entero.

En ese orden, hemos determinado que el texto leído en Chihuahua sea el primero, pues nos parece que comprender la manera cómo se ha desplazado la metáfora del árbol, como figura preponderante de representación del mundo anterior al mundo digital, resulta un elemento indispensable para asumir las nuevas realidades desde el sitio que ellas mismas nos demandan.

De ahí, también, que el punto de arranque al hablar de la noción que durante los últimos dos mil años se enraizó de escritura, y confrontar cómo en el mundo del presente el dilema entre la fijación como aporte esencial de lo escrito y la permanencia en el interior de lo experimentado, como reclamaban los detractores de la escritura, toma formas inesperadas, marcadas por lo híbrido, en el mundo que habitamos.

Habla, escritura; lectura, pensamiento se configuran en lo que podríamos determinar como la primera mitad de las disertaciones, como las coordenadas que habrá que seguir en los textos que conforman la segunda parte de lo que se

presenta. Justo ahí donde las características, saldos, desafíos, alcances de lo que solemos considerar lo propiamente digital toma sitio dominante.

Los trazos generales de la Cuarta Revolución Industrial se engarzan de este modo con la idea de que habla, escritura, lectura y pensamiento forman parte de un proceso de eslabonamiento en el que las modificaciones unos impacta sobre los otros.

Las transformaciones que con el mundo digital han aparecido respecto a qué herramientas utilizamos para escribir o para leer, o en relación con los lugares en que haceos una u otra actividad, no son por lo tanto simplemente cambios de soporte que no tengan mayor impacto sobre la actividad misma y el modo en que la representamos en el orden de las ideas.

Muy por el contrario, si las nociones de tiempo y espacio se han modificado radicalmente con el advenimiento de lo digital, estas nociones se hallan, asimismo, vinculadas en un proceso de mutua transformación, con la escritura, la lectura y el habla.

Del orden vertical que privó y estructuró la representación del mundo a los nuevos paisajes signados por la horizontalidad colaborativa el hacer y el pensar, concebidos antes como dos procesos distanciados, cuando no antagónicos, se anudan, se entrecruzan, se alimentan y energizan mutuamente.

La ahora casi legendaria conjunción de las 5 C's que acompañan el mundo contemporáneo: Colabora-Comparte-Comunica-Crea: Comunidad, ha encontrado para AlfabetizaDigital suelo fértil y entusiasta participación en la Sala Regional

Especializada del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación. Nos congratulamos de ello y expresamos desde AlfabetizaDigital nuestra más profunda gratitud.

Nadie puede actuar en un mundo que no comprende, ha sentenciado el filósofo francés Paul Ricoeur con la lucidez que acompañó siempre su pensamiento como acción y su acción como pensamiento.

A la comprensión de que es fundamental alentar el pensamiento, la reflexión, el entendimiento de las nuevas circunstancias de este nuevo mundo que habitamos, AlfabetizaDigital debe en buena medida esta experiencia formativa al compromiso personal por alentarla de la jurista Gabriela Villafuerte, Magistrada Presidenta de la Sala Regional Especializada del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación.

A todo el personal de la Sala nuestro reconocimiento a sus aportes, interés, seguimiento y compromiso con este espacio en que corroboramos aquella vieja sentencia de nuestro sabio Alfonso Reyes: “Entre todas y todos lo sabemos todo”.

De esa experiencia, las disertaciones que ahora recoge este libro, aspiran, no más, no menos, a ser su testimonio.

Ciudad de México, enero de 2020

El árbol que se convirtió en colmena.
Seis apuntes sobre mirada, pensamiento y humanismo en la era digital

Antonio Tenorio

Primer apunte: la barreta

Como se sabe, la construcción de los ferrocarriles, en la última parte del siglo XIX fue determinante, no solo en México, sino en todo el mundo, para la integración de mercados, la incorporación de territorios y la conexión entre ciudades.

A propósito de ello, y otras cosas que iré uniendo, comienzo contando una historia de aquellos años.

Es el otoño de 1848. En el ferrocarril que unirá Nueva Inglaterra con Vermont trabaja un hombre fornido, pero apacible, ordenado y cumplido como pocos. Su nombre es Phineas Gage. Tiene 25 años. Es el capataz de una cuadrilla.

El territorio es hostil. Un paisaje rocoso exige el uso continuo de dinamita. Gage es el encargado de colocar los cartuchos en los agujeros que sus subordinados hacen en las rocas y luego supervisa, paso a paso, que el proceso se lleve a cabo de modo correcto. Un error podría costarle la vida o la amputación de un miembro a cualquiera.

Exactamente el 13 de septiembre, ese día tan significativo para los mexicanos, ocurre un accidente. Pasa de medio día. Metódico como es, Gage, ha

preparado todo para que puedan volar un roca. Ha instruido a su ayudante sobre colocar el cartucho. Provocar una implosión, se le dice.

Por alguna razón, Phineas Gage volteo al grito de alguien que le quiere decir alguna cosa. No han colocado la arena. El cartucho de dinamita permanece aprisionado en la roca, sin nada que le proteja. En ese momento, justo cuando el capataz está distraído, de la piedra brinca, la carga estalla y le vuela la mitad de la cara a Gage.

La explosión “perfora la mejilla izquierda de Gage, le traspasa la base del cráneo, atraviesa la zona frontal del cerebro y sigue disparada, destrozándole la parte superior de la cabeza. Cubierta de sangre y fragmentos de cerebro, la barra cae a treinta metros de distancia. Phineas Gage está en el suelo. Aturdido, en la tarde asoleada, calla, pero está despierto. Igual que nosotros, impotentes espectadores”.

Contra todo pronóstico, Gage nunca pierde el sentido, parece normal. Con media cara destrozada y una parte del cerebro expuesta, pero suficientemente normal para sentarse y caminar por sí mismo, luego de haber permanecido unos minutos sobre el suelo, inmediatamente después del accidente.

Sin que sepa bien a bien cómo, Gage sobrevive al brutal accidente, como sobrevive también a la infección que le inunda la herida unos días más tarde, recordemos que no existen los antibióticos entonces. A los dos meses, desfigurado, pero vivo, es dado de alta. Milagrosamente, sí.

El joven Gage, sin embargo, nunca volverá ser el mismo. No hablo de lo físico. Me refiero a un Gage que, como si hubiera estado escondido dentro del primero, se apodera de la vida de aquél. Se tornará, de esa forma, hasta el último de sus días, en todo lo contrario de lo que fue. Abusivo, violento, pendenciero, bebedor empedernido; pero también inseguro, fantasioso, inconstante. A los 38 años, en 1861, murió repentinamente, luego de una serie de convulsiones. Si no fuera por lo que su caso ha representado para la neurología contemporánea, nadie le recordaría.

Segundo apunte: el reflejo del alma

El ojo, en particular el iris del ojo, ha sido desde tiempo inmemorial, en voz de los poetas, el espejo del alma. Algo de razón tienen. Al menos fisiológicamente. Es por ahí, por la córnea y su centro, el iris, por donde se conecta el nervio óptico, encargado de transmitir la información sensorial que recogemos con la mirada y llevarla hasta el cerebro.

El iris es la puerta de entrada, o la ventana, si se quiere, a ese mundo de lo tangible y lo intangible que es el cerebro humano. Curioso es, sin embargo, el origen de la idea, al menos en occidente, de que en el iris se encuentra marcado el trazo de nuestro ser. Lesuento.

La joven era bellísima. Tiene un esplendor que pudo haber cautivado a cualquier mortal. Y a no pocos inmortales, también. Y no lo digo de broma. Un inmortal, un dios, se enamoró de ella. Hades, el dios del inframundo, hermano de

Zeus, el hermano echado, quedó prendado de la belleza de la muy joven y muy bella Kore.

Hija de Zeus, dios entre dioses, y de Deméter, la diosa griega de la agricultura. Hades secuestra a la joven. Después de lo cual, se dice que Deméter entristeció de tal manera que la tierra dejó de ser productiva. Ante esto, Zeus intervino y ordenó a Hades devolver a la muchacha. El dios del inframundo obedeció, a medias. Hizo que la chica comiera unas semillas de granada para con ello asegurar que cada seis meses regresaría a su lado al inframundo.

Este es el origen mítico de las estaciones del año. En las que durante seis meses la tierra es productiva para la agricultura (Cuando Kore o Perséfone está entre nosotros) y seis yace descansando y sin producir (otoño e invierno) cuando Deméter resiente la ausencia de su hija.

Nuestro mayor interés, hoy, descansa, no obstante, en la relación que este mito guarda con la idea de que el espejo del alma se halla en el iris.

La explicación reside en el juego de nombres de los involucrados principales. Hades, cuyo nombre quiere decir *el que no ve*, pudo recuperar la vista por un instante. Exactamente aquel que quedó deslumbrado por la belleza de Perséfone. El nombre de ésta, en su versión como Kore, a su vez, quiere decir *la pequeña muchacha* o *la muñeca pequeña, la muñequita*, aludiendo, por supuesto, a su belleza.

La parte del mito que es más significativa para nosotros este día, de este modo, es aquella en la que, después de que Hades emerge del inframundo

haciendo una grieta en la tierra, mientras Kore juega con sus amigas a recoger flores, el dios la toma en sus brazos, la levanta y emprende el camino con ella hacia el tenebroso subsuelo.

Antes, embelesado, teniéndola en vilo en sus brazos, Hades busca y encuentra la mirada de la chica. La silueta de Kore, *la muñequita*, la belleza inmortal de su alma, queda así plasmada en el centro de los ojos de *el que no ve*, Hades. De ahí que los griegos aseguraran que en el centro de los ojos de cada persona podía verse, en lo que nosotros llamamos iris, el contorno de una pequeña muñeca y en ella, el brillo del alma de cada quien.

¿Cómo los griegos lograron imaginar que en ese sitio, el iris, se encontraba si no la ventana del alma, sí la entrada para asomarse a los misterios del cerebro? Nunca lo sabremos.

Tercer apunte: raíces

Mi abuelo nació en Chihuahua. Vengo aquí, pues, como quien viene al reencuentro con sus raíces.

Y apenas digo la palabra y pienso en el sinnúmero de metáforas que se pueden encontrar a partir de la palabra misma raíces, como las hay también, a raudales, de un modo más general, asociadas al árbol como figura que representa, ante todo, una manera de concebir el mundo y el sentido de la vida.

Desde el Génesis, por supuesto, y el Árbol del bien y del mal, hasta el árbol de levas que tiene los automóviles, pasando, desde luego, por el árbol genealógico,

los árboles de ideas o los árboles de la vida que se hacen de barro en el centro de México.

El que a buen árbol se arrima... Árbol que crece torcido... No hay que hacer leña del árbol caído, y más muchas más... Hay cientos de frases, proverbios, refranes, aforismos y libros completos que aluden a los árboles, por entero; o, en muchos más casos, a alguna de sus partes: las semillas, el tronco, las ramas.

Hay figuras, elementos, formas de la representación visual que marcan épocas. El árbol es, sin duda, una de las imágenes predilectas, con las que el mundo posterior al Renacimiento gustó de representarse a sí mismo.

Anclado y bien anclado a la tierra, el árbol sirve como metáfora de aquello que viene de lejos, está conectado y tiene un sentido de crecimiento y continuidad. Las raíces, dicta esta imagen, pueden no verse, pero se sabe que ahí están y que son lo que amarra al origen, a lo remoto, a lo que sigue ahí, pero ha quedado abajo.

El tronco, en este horizonte, juega el papel de representación de lo que se fortalece con el tiempo, resguarda el conocimiento continuo y acumulable. Es la parte central de esta figura que se distingue por ser un todo unido, coherente, consistente, que crece y se organiza, se ramifica, en sentido vertical.

La idea de que en el árbol se halla la manera de decir, a través de una imagen, que las cosas o las áreas del conocimiento, se pueden organizar por ramas y que estas ramas a su vez dan frutos, estudiantes que acceden al conocimiento, y que cada una de estas ramas está unida, también, a ramas más gruesas, como la filosofía o la literatura lo están a las humanidades.

De algún modo, todas las formas de organización que se distinguen por presentarse de modo vertical se desprenden de esta imagen, insisto que es antes que una imagen, una idea del mundo representándose a sí mismo, y que tiene en el árbol a su gran figura representativa.

El árbol que comienza, como el hombre y la mujer, siendo semilla, que recibe el riego, el alimento, y crece, que vence dificultades y que al final se yergue, se levanta, y ocupa un lugar, ese hombre, esa mujer que reconoce sus raíces, que se ha hecho de una historia propia, un tronco, y que quiere seguir creciendo, para que su esfuerzo dé frutos.

No estoy diciendo que eso no sea cierto o que esté mal. No.

Trato de decir que la elección del árbol como una de las metáforas centrales de la vida, el mundo, el conocimiento, el tiempo, corresponde a una época, y que cada época se distingue de las anteriores, entre otras cosas, por la elección de aquellas metáforas que habrá de darle significación.

Cuarto apunte: el método

El Humanismo, el gran tema y vereda que nos tiene aquí, no tiene fecha u hora precisa de inicio, desde luego, pero sí señales que anuncia su advenimiento hace más de 500 años.

Los mundos, que siempre están compuestos por ciertas ideas dominantes, algunos objetos que son espacialmente valorados, y determinadas maneras de hacer las cosas, cómo hacerlas, dónde hacerlas, es decir, lo que llamamos,

prácticas sociales, esos mundos, compuestos por esas tres cosas, ni aparecen ni desaparecen de la noche a la mañana.

Hoy mismo, nuestro tiempo vive un periodo que bien podría ser nombrado un mundo de entremundos, al modo que proponía el filósofo alemán, Ernst Bloch para los periodos en los que se sobrepone lo que aún no ha terminado de irse con aquello que no se generaliza por completo aún.

En nuestro caso, el mundo anterior, caracterizado por explicarlo todo a partir de elementos contrarios irreductibles, marcado por la obligación de elegir entre uno u otro (o estás conmigo o estás contra mí, es un ejemplo), ese mundo, hecho, además de identidades que se suponían unitarias y no fragmentarias, continuas y no intermitentes, cohesionadas y no dispersas, ese mundo se halla entreverado con el que ha venido emergiendo desde hace por lo menos 20 años: el mundo de la era digital.

¿Qué lugar asignarle al humanismo en esta época, insisto, caracterizada por las contradicciones y paradojas de todo tiempo entremundos? No lo sé del todo, y ese uno de los motivos por los que esta Semana del Humanismo, esta iniciativa de la Facultad de Filosofía y Letras resulta tan pertinente. Su llamado a repensar el humanismo, toca el nervio central de la cuestión: pensar, repensar.

Ninguna era tiene fecha de inauguración cual si fuera un supermercado. Pero sí fulgores que anunciaron su advenimiento.

En el caso del humanismo, lo sabemos, hay un antes y un después de que el pensamiento de René Descartes se coloque en el mundo. Será él quien siente

las bases de una nueva concepción de lo humano y sus posibilidades para comprender y transformar la realidad.

Francés, nacido en 1596 y muerte en 1650, Descartes propone las nociones básica de lo que conoceremos siglos después como el método científico.

Conocido y reconocido por el principio de “Pienso, luego existo”, que expresa, nada menos, que es el pensar lo que me hace saber de mi existencia y la de todo lo demás, resulta notable, que Descartes se valga, justamente, de una metáfora, la del árbol, por supuesto, para resumir su noción del nuevo tiempo, su tiempo, que estaba por venir. “El árbol del conocimiento”, le llama.

Más allá del orden que el árbol de Descartes da a las ciencias para anunciar a la filosofía como el punto más alto, el *en ramaje* (suena a engranaje, ¿verdad?) frondoso de la parte más alta de ese árbol, presenciamos en ese momento la fijación de una imagen, una metáfora, que acompañará toda una era.

El árbol es esa metáfora, fiel y constante, que ha acompañado, que ha hablado en silencio, como dijera el poeta polaco Czeslaw Milosz, a lo largo de un camino que se prolongó por cinco siglos.

Quinto apunte: el error

En 1994, un año antes de que se fundara Yahoo! y cuatro años antes que Google, se crea Amazon, surge el primer buscador para Internet y aparece un libro que trata, aparentemente, sobre neurología.

El libro lleva por título: *El error de Descartes*. Su autor tenía por entonces 50 años y estaría llamado a ser una de las figuras más prominentes en el ejercicio de repensar y reformular de las neurociencias y su vinculación con el humanismo. Se llama, Antonio Damasio.

Del ahora ya legendario título de Antonio Damasio, he tomado la primera historia que les narré, la del accidente que transformó la vida del joven Phineas Gage. Han pasado justo 25 años, un cuarto de siglo, desde la aparición de *El error de Descartes*, y el mundo, no necesito decirlo, se ha transformado radicalmente.

Dotado de una pluma excepcional y un pensamiento capaz de conectar ámbitos del conocimiento distintos, Damasio se vale de la tragedia de Gage para invitarnos a reandar el camino sobre la manera como hemos concebido la relación entre pensamiento duro, digámosle así, y las emociones. Lo que el ahora famosísimo neurólogo y humanista, que no humanitario, insisto, plantea es que las emociones están lejos de configurar la antítesis de razonar, de comprender.

Y por el contrario, es en la comprensión en las emociones donde podemos hallar pistas válidas y esenciales para entender qué nos hace ser quienes somos y actuar como actuamos. Sobra decir que sin esta capacidad comprensión, que es a final de cuentas una capacidad de reconocimiento, de auto reconocimiento, si no se inicia por saber quién se es y de qué se está hecho, será imposible transformarse y transformar lo que nos rodea.

¿Cuál es el Phineas Gage que debemos considerar como el real? ¿Quién de los dos Gage es el Gage real? Me dirán los dos, y puede ser que así sea. Pero mi

pregunta se dirige a un terreno más resbaladizo e inseguro que simplemente sumar lo que podemos llamar etapas o formas de ser cambiantes en cada sujeto.

Hablé del alma y del mito que funda la idea de que la mirada es su reflejo, porque lo que desata el atroz accidente de Phineas Gage es, de alguna manera, y perdón por el exceso, un cambio de alma en un sujeto que manteniendo su misma materialidad, se transforma en un alguien totalmente opuesto a quien era. ¿Dónde estaba ese segundo Phineas Gage? O dicho de otro modo, ¿a dónde se fue el Phineas Gage que desapareció con el accidente?

¿No éramos acaso, se supone, cada individuo, cada individua, un árbol cuyas raíces estaban ya determinadas y ancladas y bien ancladas a la tierra, no éramos el tronco ya establecido y que había crecido sobre el suelo nutriente de nuestros años anteriores, no éramos ramas con sus hojas y sus frutos directamente conectadas, en un cuerpo único y unido, con las raíces y el tronco?

¿No era el mundo todo eso también, un árbol; o, para decirlo como lo hemos venido diciendo, no era el mundo conocido y reconocido, la imagen, la metáfora de un árbol?

Sexto apunte: la colmena

Si nos permitimos tomar como punto de partida, al menos como uno de los puntos de partida, la metáfora del árbol del conocimiento planteada por Descartes, podríamos preguntarnos hoy: ¿Hay una nueva metáfora para nueva era?

Por supuesto. Y no necesito ser yo quien la enuncie. Todas, todos ustedes la conocen, la usan, la vivimos cotidianamente. Nos hemos apropiado de ella, tanto como ella terminará por apropiarse de todo: la red.

Así la red para nuestra época. Así el árbol lo fue para la época que precedió a nuestro aún incierto presente. Antes que la descripción de los procesos en los que los servidores se interconectan de modo redundante, antes que dar cuenta de un mapa de millones de delgadísimas líneas que salen Facebook hacia todos los rincones del planeta, la red es una metáfora que anuncia lo que ya es, como ya actuamos, como ya nos concebimos.

No es casual, por eso, que el estudio del cerebro, de las redes (ahí está la metáfora) neuronales y sus todavía no descubiertos del todo mecanismos y explicaciones, nos resulte tan particularmente fascinante.

De ahí, también, que bajo la idea de una red, que por su propia naturaleza carece de centros inamovibles, pues el centro se desplaza conforme la red crece, de ahí que hoy hablamos de las fronteras de las disciplinas o de los ámbitos del conocimiento o reconozcamos fronteras que se mueven, que se desplazan, del mismo modo que una red lo hace al crecer o recortarse.

En los años noventa del siglo pasado, las ciencias sociales estuvieron permeadas por lo que en ese entonces identificamos como el pensamiento posmoderno. Llamado también posestructuralismo, Gilles Deleuze resultó uno de sus más prolíficos y originales representantes.

Deleuze se vale de una denominación traída del orden vegetal y, como el árbol, la coloca como representación visual de lo que considera como el mundo que asoma. Atina. Rizoma son la papa, el jengibre, el lirio, el pasto. Rizoma son los helechos pegados a la pared del Cañón de San Carlos.

Una red, una estructura que se expande, no a la manera del árbol, que no tiene centro, que no comienza en ninguna raíz ni acaba en ningún fruto, y que, a diferencia de la mítica imagen de la semilla de la que el árbol y todo lo demás brota, el rizoma ha de poder ser cortado en cualquier parte y reimplantado en otro lugar para que desde ahí crezca, se expanda.

El rizoma, de Deleuze, y por eso comencé hablando de los ferrocarriles y la manera en que sus líneas trazan una red que como toda red puede conectar todo con todo, el rizoma de Deleuze, decía, cede su paso, me parece, a la emergencia de una metáfora que de alguna manera es la evolución de ese planteamiento original. Si Deleuze habló en los noventa del mundo como rizoma, toca hoy, sostengo, hablar del mundo y nuestra existencia en él, como colmena.

Red también, la colmena es hábitat que cuidar, refugio contra los fundamentalismos que fortalecer, espacio para producir de modo distinto que promover, comunidad y comunidades que restaurar.

Cual si pensáramos en un árbol al que lo fue cubriendo una enredadera hasta que, vivo pero por debajo de ella, lo que hay a la vista es cada vez más la enredadera misma. Así, nuestro salto de era.

El humanismo es ese árbol que hoy se ha tornado colmena. Colmena de lo humano y para lo humano integrado, extendido en, sobre, a través, dentro del entorno de lo natural donde nada nos es ajeno, ni nada está desvinculado.

Repensar el humanismo es el llamado, sobre todo a los más jóvenes, a no cejar en edificar esa colmena que sea y represente, en el poder de lo que las metáforas instauran, representación y reflejo de un mundo humano y natural signado por lo colectivo, lo horizontal, lo colaborativo. La gran palanca, lo digital.

Siempre y cuando comprendamos cabalmente, que lo digital no son ni los aparatos, ni las antenas, ni los cables. Lo digital es la posibilidad de construir, colectiva y horizontalmente, a modo de colmena, una experiencia de lo humano en que el centro de la tecnología esté al servicio de las personas, de sus emociones y de su capacidad para comprender con empatía y solidaridad a las y los demás.

Tal es el desafío.

Los curiosos garabatos

Los *grammata* y el origen mítico de la escritura

Antonio Tenorio

Tratemos de imaginar por un instante, solo por un instante, lo que hubiera sido del destino de la historia de lo humano de no haberse inventado la escritura.

Lo primero que quizá aparezca en la mente, es lo descabellado que el ejercicio histórico hipotético mismo puede resultar.

Inimaginable, se dirá. Imposible, podrá agregarse. Y no faltará razón a tal resistencia siquiera a imaginar que lo humano hubiese sido posible de no haberse inventado en algún momento la escritura.

Cuanto lo humano debe al acto de escribir es, sencillamente, inmenso, incalculable; pero sobre todo, impagable.

La propia historia, que no es otra cosa que la transmisión escrita de lo que nos ha antecedido, se funda en la escritura.

Sin ella, anclados únicamente a nuestra capacidad oral, como bien advierte, el filósofo francés Paul Ricoeur, lo más probable es que el traspaso de lo aprendido de una generación a otra hubiese extraviado buena parte de su contenido entre el decir de unos y el entender de otros.

Es el mismo Paul Ricoeur quien advierte todo cuanto de lo humano está vinculado a la escritura, la fundación del derecho, por supuesto, el que las leyes estén fijadas y puedan ser conocidas, transmitidas y aplicadas de modo general, es parte de esa deuda eterna e incommensurable de lo humano con la escritura.

Las matemáticas, la aritmética y la geometría; la cartografía y los historiales médicos de los pacientes; el dibujo y con él, la arquitectura y la pintura; los censos y las fórmulas químicas y físicas; las taxonomías e incluso las hagiografías, es decir, la vida de los santos.

Sin dejar de mencionar, por supuesto, a aquello en lo que se suele pensar cuando se habla de la invención de la escritura. La capacidad para alimentar ese espacio de humanidad llamado imaginación.

Se atribuye a Carl Sagan, el famosísimo astrónomo y divulgador de la ciencia norteamericano, la idea de que no hay “cosa más sorprendente es un libro. Es un objeto plano, hecho de un árbol, con partes flexibles en las que están impresos montones de curiosos garabatos. Pero, cuando se empieza a leer se entra en la mente de otra persona; tal vez en la de alguien que ha muerto hace miles de años”.

“La escritura es, tal vez, dijo Sagan en su momento, el más grande los inventos humanos”.

Pero, ¿qué es exactamente escribir? O, dicho de otro modo, ¿escribir es escribir? ¿sin importar si es haciendo incisiones en una piedra, marcando una

tableta de cera o pintando sobre un pedazo de piel o una corteza de árbol, como se hace en eso que los mexicanos llamamos papel amate.

¿Escribir es escribir, así sea con una pluma de ganso, con un pincel, con una tiza, con una punta afilada, un lápiz, una pluma fuente, un bolígrafo una máquina de escribir o una computadora?

La escritura es una habilidad que se aprende. Eso está fuera de toda discusión. Una habilidad que está relacionada con los instrumentos con los que se efectúa, con las reglas que le rodean y con las capacidades cognitivas de quien la ejerce.

Pero además de todo eso, o quizá convendría decir, en torno a todo eso, como si fuese un manto que le alberga y da forma: escribir es una idea.

Escribir es la idea de qué es escribir. Dónde, cómo, quién pueda hacerlo, para qué se hace, sobre qué superficies, y aún más: qué consideraremos bien escrito o mal escrito, elegante, vulgar, útil, inútil.

Sin dejar de lado, a que prácticas de lo humano habremos de conferirles el título, el carácter de “una forma de la escritura”.

La escritura tiene, pues, dos formas: como práctica y como idea. Lo que da como resultado que tengan, también, dos orígenes y dos historias que corren entrecruzándose una con otra, a lo largo del devenir humano.

Hoy, me quiero ocupar de la historia que compete a la escritura no como práctica, cuyo origen se atribuye a los sumerios, en Mesopotamia, hace 5 mil 500 años.

El interés de hoy recae, más bien, en el acto de escribir como idea. En sus significaciones y en el debate, aún persistente, del que es protagonista en su punto de partida como idea.

Una idea, lo sabemos, es la forma humana en que damos valor y, derivado de ello, un lugar en el mundo a una práctica. La idea no es el hecho en sí, sino el modo en que lo construimos, y al hacerlo, lo significamos.

En tiempos recientes, a través de esa corriente que se identifica como Historia de las ideas o Historia cultural, los historiadores han abreviado del mundo de las ideas para ayudarse, y ayudarnos a comprender el pasado, a partir de indagar, justamente, en las formas, las ideas que en determinadas épocas se tuvieron del amor, la muerte, la imaginación, el dolor, la belleza; o incluso la fealdad, en un tratado deslumbrante que nos legó Umberto Eco, a través de su *Historia de la fealdad*.

Las respuestas que podamos tener, o tenemos aun sin habernos dado cuenta, a preguntas como: ¿sirve de algo escribir?, ¿es bueno o malo que algo esté por escrito?, ¿lo escrito está por encima de lo hablado?, ¿puede el escribir inducirnos a la pereza? ¿escribir se puede volver un vicio?, y otras, muchas otras que a lo largo de la historia se han planteado distintas sociedades, constituyen eso que hoy estamos llamando: la idea de escribir.

Si aceptamos, entonces, que escribir ha sido, es, una idea, estaremos también aceptando que, como toda idea, tiene una historia y que ésta, su historia, se puede rastrear en el largo tiempo de lo humano.

La historia de la escritura como idea, como toda historia de data antigua, está indisolublemente ligada al mito. Mas, no solo eso. El origen de la idea de la escritura se entrecruza con el de la memoria. Escritura y memoria, al modo de un trenzado que se extiende en el tiempo, comparten su punto de origen sobre el horizonte de los mitos.

¿Dónde reside lo escrito, como depositario de lo recordado, o sea de la memoria? ¿De qué clase de palabras, escritas o habladas, está hecho ese mundo de recuerdos, al que llamamos memoria? ¿Es la escritura una herramienta que puede hacer mejor la vida humana? ¿Son la escritura y la memoria complementarias o una juega en contra de la otra?

Son parte, estas preguntas, del imaginario del mundo clásico griego sobre el cual coloca la sociedad de ese tiempo el origen, insisto, trenzado, de la escritura y la memoria. Relación, binomio, díada, que, hasta nuestros días, valga decir de una vez, se mantiene vigente.

Dos mitos dan cuenta del punto de partida de la idea de que memoria y escritura no solo están emparentadas, sino que se corresponden una con la otra.

Primer mito. Simónides, la visita y la memoria. Se cuenta que en la vieja ciudad de Tesalia ocurrió un día una fiesta. El anfitrión, un rico comerciante, mandó a traer a uno de los más célebres poetas de la época para amenizar el convivio. Se

trataba de Simónides, quien aceptó el encargo. A cambio de una paga, por supuesto, tal y como cuenta la erudición de Francis A. Yates.

Una vez en la fiesta, el poeta hizo su trabajo. Recitó algunos poemas que, se dice, fueron muy recibidos. Antes de comenzar, tal cual era costumbre, Simónides, dedicó su intervención a una deidad. Para la ocasión, el poeta eligió dedicar sus poemas a los dioses gemelos: Cástor y Pólux.

Al terminar, y luego de los aplausos, Simónides se acercó al dueño de la casa para recibir su paga. Grande fue su sorpresa cuando el rico comerciante se negó a cumplir su parte del trato. “Has dedicado tus poemas a Cástor y a Pólux”, le reclamó agriamente, “pues que sean ellos quienes te paguen”, dijo y se dio media vuelta.

A punto de ir tras el dueño de la casa, Simónides fue detenido por un sirviente. “Lo buscan en la puerta, señor”, dijo el esclavo. No muy seguro de que era lo que correspondía, el poeta se dirigió a la entrada. Llegó hasta ahí, se asomó y no vio a nadie.

Creyéndose víctima de una treta, Simónides volteó a mirar de modo furibundo al sirviente, quien juró y perjuró que había no una sino dos personas que preguntaron por él. En un último intento por creerle, el poeta salió un poco de la casa para asomarse sobre la calle. No vio a nadie. Mas al momento en que estaba a punto de entrar nuevamente, la casa se derrumbó por completo.

Todos quienes estaban dentro de la casa murieron en el derrumbe. Todos, excepto Simónides, a quien no solo no le pasó absolutamente nada, sino que, valiéndose de su capacidad para recordar en qué lugar se encontraba cada uno de

los asistentes, fue determinante para reconocer cada uno de los cadáveres desfigurados, cuando fueron siendo sacados de entre los escombros.

El centro del mito, con el que se significaba el nacimiento de la memoria como una suerte de escritura interior, de croquis que queda trazado dentro de cada persona, es que habiendo salvado de la muerte a Simónides, los dioses dobles, Castor y Pólux, quisieron obsequiarle algo más: la memoria.

Segundo mito. El faraón, el dios y un invento extraordinario; o quizá no tanto. Se dice que un día, frente al faraón de Egipto, se presentó el dios Teuth. “Traigo tres regalos para tu pueblo, señor”, dijo la deidad al gobernante.

Se trataba, según se cuenta, en efecto de tres obsequios inventados por Teuth, los tres. La geometría, los juegos de azar y, finalmente, los grammata, que no eran otros que aquellos “curiosos jeroglíficos” de los que hablaba Carl Sagan al referirse a la maravilla que consideraba la invención del libro. Los grammata eran, sí, las letras.

El faraón recibió de buena gana los tres regalos. Los analizó con cuidado y después de cierto tiempo y tratando de que su tono reflejara prudencia y no soberbia, dio por aceptados dos de los tres obsequios.

Consintió quedarse con la geometría, muy útil para trazos de ciudades y para la guerra misma, incluso. Aceptó también los juegos de azar, que daría distracción al pueblo que tanto laboraba. Mas, rechazó los grammata, las letras, y con ellos, lo que en el fondo significaba adoptarlos: la escritura.

¿Las razones? El soberano razona y dice: “la escritura no puede ser algo bueno, pues si las personas han de confiar al exterior lo que debe ser resguardado por su interior, entonces, al final”, sigue razonando el faraón, “al final, lo que los grammata y la escritura provocarán es la pereza en la gente, pues habrán de confiar a lo escrito externamente, lo que deberían recordar internamente”.

“Lo que tú traes, Teuth, no es la sabiduría, que solo puede venir del interior de las almas, sino su apariencia puesta en lo externo. Es igual que la pintura, que no es la realidad, sino su copia”.

Palabras más, palabras menos, este es el argumento que será utilizado por aquellos que ven en la escritura una cosa que distorsiona, que falsea, que no es lo auténtico. Hoy, que para todo mundo escribir es una cosa que se piensa como buena, incluso si no se escribe bien, las ideas relacionadas con la escritura como algo no natural al ser humano nos parecen lejanas y hasta algo excéntricas.

Y sin embargo, tan lejos como pueda parecernos Rousseau, Bergson o Platón, o tan cerca como recordemos la idea de una educación central y decididamente mnemotécnica, la historia de la idea de la escritura ha sido acompañada por una corriente que la mira con la misma desconfianza con la que, se cuenta, hizo que el faraón salvará a su pueblo de volverse perezoso, consigna Paul Ricoeur en la conferencia que dedica al tema y que a la postre daría lugar al pequeño volumen titulado *Interpretación y excedente de sentido*, cuya versión en español se debe en su traducción y publicación a la Universidad Iberoamericana.

Frente a estos embates, presentes aún hoy en día en contra de la escritura, en cualquiera de sus manifestaciones, Paul Ricoeur, a quien ya antes habíamos citado, se esfuerza por construir una larga y razonada argumentación en favor de la escritura.

Como es costumbre en este pensador, Ricoeur traza y recorre una larga ruta que parte, justamente, del elemento central que ha esgrimido históricamente la crítica a ésta: la no realidad que representa, o aún más: la falsificación de la experiencia vital verdadera, que solo puede ser “escrita” en el interior de la memoria de cada persona.

Trataré de hacer un apretado resumen de la argumentación ríquierana, para luego encaminarme hacia el final de estas notas que sirven apenas para comenzar a entrar en una materia que, como se ve, tiene en su propia historia, un camino lleno de más vericuetos que lo que cualquiera hubiera podido imaginar.

Ricoeur arranca pues de la propia idea que Platón postula, y todos los críticos de la escritura van a secundar, de distinta pero coincidente manera.

Lo genuino está escrito en el alma, es igualitario y refleja un esfuerzo interior, van a argüir los críticos de la escritura. Y de Platón en adelante, tendrán una analogía favorita, “es como la pintura”, dirán, incapaz de defenderse por sí misma, sin la ayuda de quien hable por ella.

A partir de la aseveración crítica a la escritura de que los escritos son indiferentes a sus destinatarios, y, por tanto, no son capaces de salvarse por sí

mismos, Ricoeur contrapone lo que va a llamar la teoría de la concentración y el aumento icónico de la realidad.

La idea ríquierana se basa en la aseveración de que al escribir, al igual que al pintar, ocurre un proceso de selección y disposición de los elementos que, de modo indistinto, simultáneo e infinito, ocurren en la realidad. Dicho en palabras de Ricoeur, escribir, como pintar, es decir más con menos. He ahí la dificultad y a la vez el prodigo mayor de la escritura.

La pintura, y por analogía, la escritura, reconstruye la realidad a partir de alfabeto óptico limitado. Es capaz de redituar más, abarcando menos, a partir de una operación que combina la miniaturización y concentración. Porque es capaz de "...ampliar el significado del universo capturándolo en la red de sus signos abreviados", es capaz de oponerse a la erosión de la óptica habitual".

La escritura, a diferencia del habla, unida de modo indisoluble con el presente, ya lo veremos de modo más profundo cuando abordemos la relación entre dos formas de comunicación, se forja en a través paradoja tan intensa como productiva. Lo escrito significa la distancia del tiempo y el lugar en que tuvo lugar el acto como tal. Pero de esta distancia abreva su poder mayor, sobrevivir a ella.

El tiempo y el lugar en que tuvo origen lo escrito, es ajeno a quien lee. Mas, a la vez, es gracias a esa distancia y a esa condición de lo ajeno, que lo escrito puede emerger como un espacio, una experiencia que posibilita que para quien lee, lo escrito vaya dejando de pertenecer a ese tiempo y ese lugar ajenos, y comience a formar de su propio tiempo y su propio lugar.

Concluyo por esta jornada, es porque lo humano inventó la escritura que no solo se preservan los archivos y existen las leyes, sino además, es porque inventó la escritura que alguien que lee, lo que reconoce, al principio como ajeno y distante, puede, al cabo de la lectura, haberse tornado en propio y cercano.

De ese tránsito entre lo ajeno y distante para convertirse en propio y cercano, de ese tránsito que a veces parece hasta prodigioso es responsable, nada menos ni nada más que esos curiosos garabatos que tanto gustaban a Carl Sagan, un invento y una idea, tal y como hemos empezado a ver el día de hoy: la escritura.

Del habla a la escritura: una breve reflexión Del códice al código, transiciones culturales y cognitivas

Hilda Gómez González

Una pequeña trascendente historia

En 1523 llegaron a lo que ahora es México, tres frailes franciscanos: Pedro de Gante, Juan de Aora (o Ayora) y Juan de Tecto. Arribaron con la orden del arzobispo de España, Alonso de Fonseca y Ulloa, para emprender la evangelización de los naturales. En la perspectiva milenarista de los franciscanos, es decir el inevitable y cercano fin del mundo, era absolutamente imprescindible allegar de almas al creador y obtener la salvación.

En 1523 habían pasado apenas dos años de la conquista de México – Tenochtitlan cuando llegaron a estas tierras esos primeros evangelizadores. No olvidemos que más allá de una conquista militar, la conquista espiritual, basada en lo simbólico, es la que tenía un papel fundamental en el entretejido de los intereses imperiales del reino de Carlos I de España y de la Iglesia católica de entonces.

¿Y qué tiene que ver esto con la relación entre habla y escritura, tema de esta conferencia?, se preguntarán con fundada razón. Avanzo un poco para ir armando la red de comprensión que deseo compartir y construir con ustedes.

Retomo entonces, la historia.

Una de las primeras tareas que llevó adelante Pedro de Gante para la enseñanza de la doctrina católica fue la realización de obras de teatro, donde él fungía como dramaturgo y director de escena y los actores eran jóvenes que al momento de la Conquista se encontraban estudiando en el Calmécac o en el Tepochcalli, los colegios donde se aprendía y se vivía la tradición mexica y se obtenían las herramientas culturales -es decir rituales, de lenguaje, de historia y de identidad- necesarias para integrarse plenamente a la sociedad, es decir, como señalaba el deber ser azteca “encontrar el propio rostro”, como parte de su comunidad.

Este método de evangelización resultó un éxito. No sólo por el impacto que causó entre el público, sino por la asombrosa facilidad con que los actores aprendían sus papeles y por la “naturalidad” con la que realizaban los actos performativos que la puesta en escena les exigía.

Y aquí aparece el asunto fundamental de esta reflexión. Los jóvenes mexicas que representaban los papeles de las figuras principales de los dramas católicos contaban con una formación que les permitió, fácilmente, llevar adelante su encomienda.

En primer lugar, recordemos que en el calendario ritual mexica estaban marcadas una gran cantidad de fiestas que se celebraban, las más importantes, cada 20 días, dedicadas a diversas deidades y en las que había un despliegue enorme de recursos, escénicos diríamos hoy. Vestuarios especiales, oro y otros metales y piedras de gran valor, adornos de diverso tipo, flores, inciensos, plumas eran utilizados para enmarcar sacrificios humanos, danzas, ingestión ritual de

alimentos y la presencia humanizada, a través de los sacerdotes, de los númenes del panteón azteca.

En segundo lugar, y acaso más importante para el tema de esta conferencia, estaba el hecho de que en el Calmécac, principalmente, los alumnos aprendían a “leer” los amoxtli, los códices, descifrando lo que la escritura mexica contaba sobre su historia y sus deberes. La estrategia era más o menos así: pegados en la pared, los amoxtli eran contados -o “leídos” – por los alumnos, quienes de pie, se desplazaban por cada segmento del códice y reconociendo lo que ahí estaba expresado reconstruían la historia, en voz alta.

Recordemos que la escritura náhuatl era logosilábica e ideográfica y utilizaba elementos visuales de carácter pictográfico, simbólico, ideográfico y fonético lo que exigía al lector un desciframiento de ellos, pero además un conocimiento contextual amplio que le permitiera la interpretación y siempre, una tarea de reconstrucción y actualización oral de lo que ahí estaba plasmado.

Estas dos prácticas naturalizadas en la vida social mexica explicarían la facilidad con la que el teatro, en su forma occidental, se incorporó al imaginario de los naturales.

El aprendizaje del español como una lengua nueva y con ello la lectura e interpretación escénica de textos religiosos es el marco en el que se expresa un fenómeno cultural de hibridación que pervive hasta nuestros días y en el que el puente de la oralidad a la escritura se tiende en diversos niveles, para diversos fines,

marcando sus diferencias, pero en todos los casos, mostrando la potencia de lo simbólico en la construcción de lo humano.

Qué es hablar: la construcción del discurso

El gran filósofo francés Paul Ricoeur, a quien ya habíamos seguido en la conferencia de la primera sesión, nos ofrece elementos de análisis y perspectivas sólidas para atisbar las cercanías y diferencias entre la acción de hablar y la de escribir, así como entre sus resultados: el discurso y el texto.

No es Ricoeur el único autor que ha estudiado estos temas, ni tampoco el más reciente, pero sí es una referencia fundamental para el análisis toda vez que constituye él mismo con sus estudios un puente, en temas escriturales, entre el mundo de antes y el de ahora, y me refiero al mundo occidental en su época analógica y en la presente Era Digital.

En lo que concierne a las características, y diferencias, del discurso oral y del texto escrito Ricoeur establece que ambas expresiones culturales se manifiestan, existen y expresan sus características en situaciones dialécticas, es decir, en relación con otros fenómenos culturales y siempre en movimiento.

El discurso oral como el texto escrito, dice Ricoeur, en su libro *Teoría de la interpretación*, no existen como entes separados de sus condiciones de creación ni del contexto que les da origen y, al mismo tiempo, influyen en sus condiciones de creación y en el mundo que les da origen. En este sentido, ambas creaciones

humanas expresan y son expresadas por una red de condiciones de sentido en continua actualización.

Al referirse al habla, al acto de construir un discurso, el autor señala que se trata de una relación entre acontecimiento y significado. Es una realización temporal, en presente, llevada a cabo por un individuo quien deja necesariamente su marca en esta creación.

En todo discurso se dice algo -se cuenta una historia, se describe un hecho, se enuncia el mundo- y también se hace algo al decirlo es decir, se busca comprometer, convencer, se dan órdenes, se cuestiona- y se producen efectos en quien lo escucha.

Para que haya un discurso se precisa de un emisor y un receptor quienes establecen un acto de comunicación, el lenguaje es la herramienta para que esto ocurra. Lenguaje que en su construcción establece una relación dialéctica entre acontecimiento y sentido: los hechos ocurren en sí mismos y es el hablante quien selecciona el orden, la forma de expresión y el número de elementos que ha de incluir en su relato.

Asimismo, es preciso considerar la relación entre el hablante y el mundo. El hablante, cuando crea un discurso, habla de sí mismo y del mundo, al mismo tiempo. Es una relación que no debe olvidarse, pues ambos elementos quien dice y lo que dice, están en continuo movimiento y en creación perpetua.

En un mismo movimiento, el factor humano casi se funde con la expresión: la voz, los gestos, los rasgos fisonómicos, el cuerpo es el espacio en el que sucede el discurso vivo solamente en el instante en que está siendo construido.

La dialéctica inicial entre acontecimiento y sentido se complementa con otra, la que se establece en términos intersubjetivos entre los participantes del acto de diálogo donde aparece además, la polisemia y el sentido que cada uno da al discurso al momento en que éste se está produciendo.

Así, en la realización del discurso, y por ende su comunicación, una experiencia personal, psíquica, se hace pública y se convierte en una experiencia de intuición, una experiencia intelectual de conocimiento y aprendizaje compartidos.

Esto es importante, puesto que, si bien es cierto, la experiencia y el conocimiento personal son intransferibles y la comunicación está sujeta a una serie de accidentes, en la experiencia de compartir la oralidad como hablante o como oyente, dice Ricoeur “la soledad de la vida es por un momento, de cualquier forma, iluminada por la luz común del discurso” (Ricoeur, 33).

Qué es escribir: la construcción cultural del texto escrito

Escribir es fijar el pensamiento en un soporte externo, nos dice Ricoeur, para preguntarse casi de inmediato si “¿es el escribir solamente una cuestión de un cambio de medio donde la voz humana, el rostro y los gestos son reemplazados por señales materiales distintas a las del propio cuerpo del interlocutor?” (41).

Para comprender mejor estos cambios, Ricoeur analiza por separado los componentes del proceso de comunicación tanto en el discurso como en el texto y en cinco apartados expone sus conclusiones. Estos cinco apartados los expresa como

- o El mensaje y el medio: la fijación
- o El mensaje y el hablante
- o El mensaje y el oyente
- o El mensaje y el código
- o El mensaje y la referencia

El mensaje y el medio: la fijación

Respecto a la fijación, Ricoeur es claro: “escribir es mucho más que una mera fijación material” (41).

Y por dos razones fundamentales. La primera se refiere al gran impacto cultural que ha significado la escritura en toda la civilización humana al establecer lo escrito como el medio de verificación por excelencia de lo oficial, lo verdadero y lo cierto.¹

La escritura, dice Ricoeur, no es que traslade la expresión oral al papel, sino que ahorrándose ese paso, traslada, directamente, el pensamiento a un texto. De esta manera, desaparece además la dimensión temporal del discurso, pues éste desaparece como acontecimiento. La escritura, así, fija “lo dicho” por el habla.

¹ Estudios y análisis posteriores pondrán en análisis este poder de la escritura, pero en tanto, hasta el Siglo XX esta condición había permanecido inalterable.

El mensaje y el hablante

Con la escritura aparece la autonomía semántica del texto. Ya no existe una relación habla-escucha, sino que se trata de una relación escritura – lectura. Además, no existe ya una identificación total del hablante con lo que dice.

Si en la expresión oral el cuerpo del hablante forma parte del mensaje, en la escritura la intención del autor y el sentido del texto ya no coinciden y además, importa más lo que el texto significa que lo que la persona que lo escribió quiso decir. Asimismo, se problematiza el tema de la autoría, que pasa a ser una dimensión del propio texto y sujeta a análisis.

El mensaje y el oyente

En esta relación dialéctica aparecen también nuevos horizontes en el texto escrito que va dirigido a un ente desconocido, potencialmente infinito, radicalmente distinto y sin poder identificar a diferencia del receptor del discurso oral, que siempre es un “tú” -o un ustedes- localizable y definible.

La relación real y potencial entre el mensaje y el oyente también da lugar a la noción contemporánea de lectura, como fenómeno social y visibiliza la relación entre el contenido de lo escrito y quienes leen, lo que da lugar a obras que crean su público y se abren a la creación de nuevas lecturas.

El mensaje y el código

En lo que se refiere a los cambios en el mensaje y el código con que éste se construye, en el caso del texto escrito como producto cultural aparecen elementos que le dan forma: hay un repertorio de condiciones para su creación como los géneros literarios, asimismo sobre quien recae la autoría de un texto recae la responsabilidad de la utilización de reglas y técnicas para producir obras, no sólo mensajes.

El mensaje y la referencia

En la aprehensión de la referencia es donde encontramos las diferencias más grandes entre el discurso y el texto escrito, pues es aquí donde se instaura una dialéctica más compleja, una dialéctica de segundo orden pues la escritura, en su carácter autónomo dispara la relación entre significados y referencias.

En lo escrito no hay una situación común o un contexto compartido; se trata de un tiempo indeterminado en una obra dirigida a miradas lectoras desconocidas.

Asimismo, el texto escrito, en su autonomía semántica construye hechos, situaciones, acciones que no están en el “ahí” del discurso oral y con ello propicia que “el hombre y solamente el hombre cuente con un mundo y no solamente con una situación” (48).

Así, el texto escrito como resultado cultural, representa para Ricoeur un magnífico ejemplo de iconicidad, es decir una creación, una estrategia creativa que revela rasgos que están vedados para la percepción promedio de la realidad. La escritura, el texto, propicia la metamorfosis de la realidad al superar la intención de

referirlo en su inmediatez. Es una construcción culminante de la civilización moderna, lo mismo que otras expresiones como el arte.

Hablar y escribir en el Siglo XXI

El enorme filósofo que es Paul Ricoeur con claridad y contundencia va construyendo el puente de análisis para comprender el paso de la oralidad al texto escrito como la evolución de lo humano que expresa su punto culminante en la Modernidad.

En su impecable discurrir analítico y apoyado en sus antecesores, Ricoeur enfatiza tres pilares del proyecto moderno que señalo a continuación:

- a) La existencia de dicotomías filosóficas, lingüísticas, históricas en donde una de las posiciones supera a la otra por complejidad, fortaleza o pertinencia;
- b) La supremacía de la sucesividad contra lo simultáneo; y,
- c) La escritura como el *sumun* de la civilización.

Aplicado a la relación entre el habla y la escritura, la revisión ríqueriana no deja lugar a dudas: la escritura representa un estadío cognitivo, cultural, social y político superior al habla.

A nivel social, por ejemplo, la Modernidad no duda respecto a la supremacía de culturas que cuentan con un sistema de escritura sobre otras que no lo tienen; ni tampoco lo hace respecto a la importancia fundamental del documento escrito, el soporte en papel que apoya y verifica a la realidad. Y a nivel de los individuos, se ha instituido que quien sabe escribir es superior a quien sólo sabe hablar.

La historia escrita es la que ha dominado el panorama intelectual, así como los criterios evolucionistas que presuponen que la humanidad está destinada a un desarrollo en línea recta ascendente.

Sin embargo, estamos en el momento preciso, en una etapa histórica en que numerosos supuestos sociales, políticos, culturales están en crisis.

Esta época, denominada como Modernidad tardía, Postmodernidad, Sociedad del conocimiento, Era digital ha puesto de relevancia que las dicotomías han quedado abolidas.

La Historia ya no es sólo el relato de los vencedores, ni tampoco la exposición de buenos contra malos, además de que a la Historia Universal le han surgido innumerables Historias locales, alternativas, de género.

A la vez, el desarrollo tecnológico ha demostrado que la simultaneidad es la condición contemporánea más extendida tanto en los procesos como en los negocios o la comunicación y la performatividad, el cuerpo, la tradición oral están siendo revaloradas como instancias de conocimiento antes impensable.

A manera de epílogo transitorio

Termino con un último apunte sobre las relaciones, exclusiones, revaloraciones, supremacías, puentes entre lo oral y lo escrito, en el campo particular del derecho, que había sido terreno, casi por antonomasia, del texto escrito.

El 18 de junio de 2008 se publicó el Decreto que señala cambios a diversos artículos constitucionales en México. Dicho Decreto en la modificación al Artículo 20 señala:

“El proceso penal será acusatorio y oral. Se regirá por los principios de publicidad, contradicción, concentración, continuidad e inmediación”. Hago énfasis en la característica de lo oral que tiene su fundamento en la publicidad del juicio y la transparencia del mismo, amén de facilitar y agotar sus etapas de una manera más expedita.

Además de lo que en el campo del derecho implica este cambio enorme al pasar a un Sistema judicial acusatorio, de lo cual ustedes son especialistas, considero que vale la pena la reflexión sobre esta revaloración de lo oral, del discurso, que sin eliminar lo textual, pone en un lugar de preeminencia el dirigirse al tú presente con todas las características formales y simbólicas de las que ya mencionaba al principio de esta exposición.

Es seguro que continuaremos en este curso las indagaciones al respecto.

Hablar, escribir; pensar, leer: un solo proceso
Esa historia llamada construirse a sí mismo

Hilda Gómez González

Hablar. Una viñeta sonora.

La emisora universitaria UAM Radio 94.1 de FM en la Ciudad de México transmite un programa denominado *Radio Abierta*. Se trata de un espacio donde personas que viven con alguna afectación mental -locos, se dicen ellos mismos- hablan y opinan sobre su existencia y sobre el mundo, a partir de un tema dado.

El programa es resultado de un proyecto académico de la unidad Xochimilco de la Universidad Autónoma Metropolitana y sigue el ejemplo de Radio Colifata, una propuesta argentina pionera en este tipo de iniciativas.

Cuando escuchamos el programa, de inmediato surge una especie de extrañamiento respecto al contenido de los comentarios. Sin saber que quienes hablan son personas con alguna discapacidad, sufrimiento o enfermedad mental, lo primero que resalta en la escucha es una especie de dislocación del discurso, advertimos que su estructura se aparta de lo que consideramos “normal”.

Quienes participan en el programa hablan, por ejemplo, sobre cómo viven las alucinaciones, delirios o crisis que padecen, de la discriminación que son objeto, de cómo los demás no les entienden, de la opinión que tienen sobre su vida

cotidiana y sobre los demás u opinan sobre temas específicos: la locura, el arte, la luna, la vida...

Hay también una rara claridad en lo que dicen, a lo largo de sus participaciones se perciben algunas dislocaciones sintácticas así como interrupciones en el discurso, cambios repentinos de tema o problemas en la articulación clara de palabras así como alteraciones en el ritmo y la velocidad de la expresión.

En este programa estamos frente a discursos orales que la audiencia actualiza, no obstante las características antes descritas, en el momento mismo de la escucha. La transparencia del medio radiofónico permite a las audiencias comprender lo que dicen los participantes y entrar fácilmente en la convención del discurso.

En estas transmisiones hablar es una oportunidad terapéutica para quienes participan pues en el lenguaje hablado es donde se autoconstruyen, la forma como articulan su pensamiento se expresa de manera directa al hablar.

Para quien escucha es una oportunidad de poner en práctica sus habilidades de comunicación y extender su comprensión de la realidad.

En este ejemplo estamos frente al discurso oral en tiempo presente: alguien habla, otro escucha. Los huecos de significado, el extrañamiento, las lagunas se van superando con el contexto, la experiencia, la imaginación. En suma, con la relación que se establece entre emisor y receptor.

¿Qué pensamos hoy como pensar?

En su libro *Incógnito. Las vidas secretas del cerebro*, el investigador y escritor estadounidense David Eagleman² señala que después de años de investigaciones sobre el cerebro realizadas por incontables especialistas de las más diversas áreas

[...] lo que hemos descubierto escrutando el interior del cráneo figura entre los logros intelectuales más importantes de nuestra especie: el reconocimiento de que las innumerables facetas de nuestro comportamiento, pensamientos y experiencias van inseparablemente ligadas a una inmensa y húmeda red electroquímica denominada sistema nervioso. La maquinaria es algo totalmente ajeno a nosotros, y sin embargo, de algún modo, es nosotros”.

Con esta afirmación, Eagleman, da contexto a la asombrosa estructura y funcionamiento que es el cerebro humano, cuya actividad describe, él mismo, de la siguiente manera:

Su cerebro está compuesto por células llamadas neuronas y glías: cientos de miles de millones. Cada una de estas células es tan complicada como una ciudad. Y cada una de ellas contiene todo el genoma humano y hace circular miles de millones de moléculas en intrincadas economías. Cada célula manda impulsos eléctricos a otras células, en ocasiones hasta cientos de veces por segundo [...] Una neurona típica lleva a cabo unas diez mil

² En su página web <https://www.eagleman.com> se lee que Eagleman es neurocientífico y escritor. Dirige el Centro de Ciencia y Derecho, un instituto sin fines de lucro, y se desempeña como profesor adjunto en la Universidad de Stanford. Es mejor conocido por su trabajo en sustitución sensorial, percepción del tiempo, plasticidad cerebral, sinestesia y *neurolaw*.

conexiones con sus neuronas adyacentes. Teniendo en cuenta que disponemos de miles de millones de neuronas, eso significa que hay tantas conexiones en un solo centímetro cúbico de tejido cerebral como estrellas en la galaxia de la Vía Láctea.

Una investigación publicada en la revista *Nature* en 2016 sobre la corteza cerebral, que como sabemos es la parte del cerebro que está relacionada con el desarrollo de las actividades de percepción, cognitivas e intelectuales más complejas, arrojó resultados por demás reveladores.

El reporte de la investigación titulado “Una parcelación multimodal de la corteza cerebral humana” (Gleasser, Coalson) señaló que derivado de un experimento muy amplio realizado por 12 científicos, se delinearon 180 áreas por hemisferio cerebral, de las cuales 97 se caracterizaron como nuevas y 83 estaban previamente reportadas.

El descubrimiento de 97 nuevas áreas corticales en el cerebro apenas hace 3 años nos habla de la enorme complejidad de este órgano y de la distancia en que la humanidad se encuentra de conocer plenamente cómo funciona.

Sin embargo, esta investigación y los trabajos que la han precedido nos han revelado algunos datos del funcionamiento del cerebro que son importantes para esta conferencia.

A saber, que el cerebro es una estructura que procesa una cantidad infinita de información a velocidades inimaginables y que entre más información tenga, realizará de mejor manera las complejas operaciones que tiene encomendadas;

asimismo, hoy sabemos que el cerebro tiene una gran plasticidad, que realiza su trabajo con base en las relaciones que establece a partir de los millones de datos e información que recibe, que es capaz de realizar innumerables operaciones al mismo tiempo, que puede regenerar sus conexiones internas y que, además de contar con zonas especializadas, el cerebro es una red de enlaces, una red de comunicación en actualización constante.

Con las bases fisiológicas y bioquímica del funcionamiento del cerebro la ciencia también ha llegado a establecer que, aunque con una estructura general, los cerebros humanos son muy distintos entre sí y que la gran diferencia con otros mamíferos, e inclusive, con los procesos de inteligencia artificial recientemente desarrollados, solamente el cerebro humano genera la sensación, el conocimiento, la experiencia de cómo es estar vivo, es decir, una representación simbólica.

La capacidad para simbolizar es una de las funciones que residen en el cerebro humano. El lenguaje, oral o escrito, es uno de sus resultados más evidentes junto con los procesos que están íntimamente relacionados con estas actividades: hablar y leer. No cabe duda de que estos cuatro procesos son resultado de una evolución de millones de años modelada por las prácticas culturales que la civilización ha llevado adelante.

Así, hablar, leer, escribir son acciones humanas totalmente interrelacionadas, cuyo origen se ubica al interior del cerebro como resultado de la información que incorporamos a nuestra vida cotidiana y que es organizada mediante ese misterioso proceso que denominamos pensar, en el que convergen datos, impulsos eléctricos

y reacciones bioquímicas y que sólo puede ser conocido en sus resultados: cómo hablamos, cómo leemos, cómo escribimos expresan cómo pensamos.

El discurso oral, el texto escrito, la lectura ponen en escena al pensamiento. Son la expresión de cómo el cerebro trabaja al poner en relación simbólica toda la información que recibe.

Hablar, escribir, leer, pensar conforman una red bioquímica en el origen y social en su expresión. Cada una de estas acciones es profundamente humana, se fortalecen una a la otra y se complementan en sus diferencias.

Asimismo, forman parte del relato de una historia social que da cuenta de los procesos culturales de la escritura, las formas de leer y de la construcción de discursos orales.

Cada época ha dado un perfil y un valor a lo que es hablar, lo que es escribir, lo que es leer, lo que es pensar. Nuestra época nos invita a no separar estos perfiles y estos valores.

Una historia sobre el pensar y la palabra

La siguiente es una narrativa de la vida real. 26 de mayo de 1828, en la ciudad de Núremberg, en Alemania, ese día apareció un jovencito de aspecto desarrapado, sucio, que al ser llevado a la comisaría, apuntó el nombre de "Kaspar Hauser".

Llevaba una carta que debía entregar al militar Friedrich von Wessing en la que se leía que ese era su nombre y se informaba de su fecha de nacimiento como

el 30 de abril de 1812. Tenía 16 años. Se supo que había crecido en soledad, en una habitación. Quien le cuidaba, si esta acción cabe, le había mantenido con un grillete en el pie que le impedía caminar y lo alimentaba frugalmente, a veces lo bañaba y le cortaba el pelo y las uñas, le cambiaba la ropa.

Kaspar Hauser despertó el interés de la sociedad de entonces. No sabía hablar, escribir, salvo su nombre, no entendía el lenguaje hablado, no sabía caminar. Fue objeto de diversos estudios pedagógicos, conductuales, filosóficos y también se especuló sobre si era hijo ilegítimo de algún integrante de la nobleza. Con el tiempo aprendió a hablar, leer, escribir, caminar y a desempeñarse – no sin dificultades- en la sociedad racional y positivista de entonces que le utilizó como objeto de estudio. Su muerte resultó un misterio. Fue asesinado en 1833.

Kaspar Hauser fue visto, analizado, estudiado, puesto a prueba, examinado como un ser humano distinto a la normalidad. Inferior a la normalidad. Su imposibilidad para caminar de pie y para expresar su pensamiento -dos rasgos básicos del perfil humano del siglo XIX- lo convirtieron en un caso de estudio de médicos, alienistas, biólogos, sacerdotes.

Su apariencia era humana, así como su cerebro, pero éste no había sido partícipe del proceso de socialización que da lugar al aprendizaje y al conocimiento. Como no hablaba, se le calificó como idiota.

Sus registros de memoria, imaginación, deseo no tenían posibilidad ninguna de ser expresados externamente sin una herramienta de simbolización. El tipo de actividad cerebral que tuviese no tenía manera de ser expresada. La poca

información que pudo haber adquirido su cerebro, los pocos estímulos que tuvo del exterior, a través de los sentidos, no encontraron un camino de salida y no construyeron esa conciencia de sí, del estar vivo.

Una obra sobre el pensar y la palabra

Fue tal el impacto de la historia de Kaspar Hauser en Europa que además de estudios médicos, históricos, artículos periodísticos o crónicas de época su figura ha motivado expresiones artísticas en el cine, el teatro, la poesía, la narrativa y la música. Me detengo en la obra teatral del dramaturgo alemán Peter Handke, titulada *Kaspar*, escrita en 1968 y dirigida por Klaus Peymann para el Theater am Turm, en Frankfurt.

La obra lleva a escena la deconstrucción del personaje Kaspar a través del lenguaje. En un desarrollo teatral donde la performatividad lo es casi todo, la palabra del personaje -lo que dice Kaspar- es también un personaje.

Este personaje, que es la lengua, existe porque lo ejecuta un individuo, pero a su vez construye al individuo en su pensar. Así, el personaje Kaspar al tiempo que adquiere las herramientas para aprender a hablar, a leer, a escribir, adquiere los elementos para simbolizarse a sí mismo. A tener conciencia de sí.

En el escenario vacío de la obra sólo participan el personaje de Kaspar y los "Apuntadores", que son voces en off que hacen contrapunto sonoro, intelectual, emocional a lo que él dice. Desde las primeras palabras que inteligible Hauser hasta discursos completos que representan la puesta en escena de pensamientos

complejos, la obra discurre como la evidencia viva del mecanismo cerebral donde convergen la palabra y el pensamiento, o mejor dicho, donde palabra y pensamiento se hacen uno.

El discurrir sonoro de las palabras que dice Kaspar pareciera la puesta en escena de un ente vivo, que se expresa independientemente de quien lo dice, para cobrar vida propia y trazar un registro auditivo de la construcción y deconstrucción simultáneas de palabras que encuentran y pierden sentido, que expresan lo evidente y lo oculto. Son palabras que sólo viven unos segundos para disolverse y reintegrarse en nuevos elementos.

Esta obra no es la historia de Kaspar Hauser, yo diría, más bien, que es la historia de las historias de cómo se ha dado forma nuestra idea de lo que es pensar.

Comparto un extracto de la obra

APUNTADORES.-

Tú sabes lo que dices. Tú dices lo que piensas. Tú piensas lo que sientes. Tú sientes de que se trata. Tú sabes de qué se trata. Tú sabes lo que quieras. Tú puedes, si quieras. Tú puedes sólo si quieras. Tú puedes, si debes. Tú quieras solamente lo que todos quieren. Tú quieras porque te sientes obligado. Tú sientes que lo puedes. Tú debes porque puedes. Di lo que piensas. No puedes decir sino lo que piensas. No puedes decir lo que no piensas. Di lo que piensas. Si quieras decir lo que no piensas, tienes que ponerte a pensarlo en el mismo momento. Di lo que piensas. Puedes empezar a hablar. Cuando hayas empezado a hablar, pensarás lo que dices.

Piensas lo que dices, es decir, puedes pensar lo que dices. Es decir, tienes el derecho a pensar lo que dices y tienes el deber de pensar lo que dices, porque no debes pensar sino lo que dices. Piensa lo que dices.

KASPAR.-

Cuando soy, era. Cuando era, soy. Si soy, seré. Si seré, era. Aunque era, seré. Aunque seré, soy. Tantas veces como soy, he sido. Tantas veces como he sido, era. Mientras que era, he sido. Mientras que he sido, seré. En la medida en que seré, he sido. En la medida en que he sido, soy. Porque soy, había sido. Porque había sido, era. No era, pero había sido. No había sido, pero seré. Como seré, había sido. Como había sido, he sido. Antes de que he sido, había sido. Antes de que había sido, soy. Soy, de modo que habré sido. Habré sido, de modo que era. Era en tanto que habré sido. Habré sido, en tanto que seré. Seré, mientras que habré sido. Habré sido, mientras que he sido. He sido, porque habré sido. Habré sido, porque había sido. Había sido porque habré sido. Habré sido porque soy.

Soy el que soy.

Soy el que soy.

Soy el que soy.

Kaspar deja de mecerse.

¿Por qué vuelan esos gusanos tan negros a mi alrededor?

Las palabras de la obra, dichas por los personajes, parecen cobrar vida. En la sonoridad de su acomodo van creando un ritmo y, más allá del significado, dejan un impacto emocional y cognitivo en quien las lee o las escucha.

Esta obra nos reta a pensar y a discurrir sobre el pensar. Sabemos que el pensamiento se hace evidente a través de sus manifestaciones externas; cuando hablamos, cuando escribimos, cuando leemos, tenemos el resultado del pensar.

En *Kaspar*, de Peter Handke, esto también sucede pero no con un solo pensar, sino que tenemos contacto con varias capas de pensamiento, que se corresponden con diversas formas de expresión, de manera simultánea.

A diferencia del ejemplo con el que abría esta conferencia, en el que mencionaba cómo el programa de radio nos mostraba el resultado discursivo, verbal, sin restricciones, de un pensamiento con características particulares, la obra de Handke nos coloca, metafóricamente, en el centro del proceso de pensar al observar y ser parte integrante de lo que se va construyendo simbólicamente. En este caso, no sólo atendemos y entendemos el discurso del otro, sino que somos parte de él.

Estamos siendo parte de una obra artística cuya complejidad, por definición, la caracteriza.

Primera capa de pensamiento.

En contacto con el texto dramático de la obra vamos descifrando lo que las palabras escritas comunican. Se trata de una forma específica de leer, puesto que

una obra de teatro exige que al ir leyendo incorporemos una dimensión espacial y de movimiento para ir imaginando, en nuestro propio teatro mental, dónde y cómo ocurren las acciones, cómo son los personajes y qué desarrollo van teniendo.

Segunda capa de pensamiento

Desde el inicio de la lectura de la obra dramática percibimos que no se define una escenografía que refiera a una época o lugar específicos.

Al señalarse un espacio vacío como el sitio de la acción, nuestro cerebro tiene libertad para imaginar dónde y cuándo suceden los acontecimientos: en el presente, en el pasado; en un lugar conocido, en un territorio desconocido.

Tercera capa de pensamiento

Conocemos a los personajes: Kaspar, los Apuntadores, las palabras. Tres personajes. Dos que aparecen desde el principio y uno que se va develando a medida que se desarrolla la obra. Nuestro cerebro establece conexiones entre los personajes, y entre los personajes y nuestro yo.

Cuarta capa de pensamiento

Nos sorprendemos en el proceso de pensar. Las palabras que conforman el texto son acciones, se levantan de su soporte y se actúan a sí mismas.

Quinta capa de pensamiento

Las palabras del texto nos motivan pensamientos, reacciones y recuerdos.

En realidad, no son sólo palabras, son espejos en los que nos reflejamos. Nos explicamos a nosotros mismos qué significan, les damos un orden, relacionamos la nueva experiencia con lo que ya sabemos.

Aprendemos.

Una última reflexión

En una perspectiva contemporánea hablar, escribir y leer, son parte de un mismo proceso. Son parte del pensar, que es su origen y destino en la red de simbolización que nos da identidad como seres humanos.

Aunque existe una historia social del habla, de la escritura y de la lectura, que nos muestra, por ejemplo, cómo se hablaba en el siglo XVI o cuáles eran las prácticas de lectura en el Romanticismo o cómo han cambiado los usos de la escritura en el siglo XXI, es preciso identificar que la forma en cómo estructuramos nuestro pensamiento tendrá como resultado una expresión hablada y escrita de ciertas características.

En la forma en cómo leemos y desciframos lo que los textos nos dicen construimos pensamiento.

Nos construimos como pensamiento.

La sociedad de la información, un punto de partida. Cinco viñetas de camino al principio

Antonio Tenorio

La historia de las realizaciones humanas es, a su vez, la historia de la tecnología. Constituye una afortunada amalgama entre accidentes, fracasos, ideas, hallazgos, intuiciones y coincidencias.

Se mueve, también, entre las resonancias de otras épocas y la presencia silenciosa de ciertas historias del tiempo pasado que ronda el presente.

En muy pocos años, Google cumplió apenas 21 la semana pasada, Internet pasó de ser un proyecto militar para resistir un hipotético ataque nuclear soviético, a constituir no solo la plataforma de dos de las cuatro revoluciones industriales que ha registrado la historia humana, sino a representar una manera de pensar la vida.

Es decir, Google se ha constituido en una forma de mirarnos a nosotros mismos, cada cual, un modo de concebir quiénes son los otros, y una manera, por supuesto, de relacionarnos desde ese uno que somos, o creemos ser, con lo que es o creemos que son los otros.

No pretendo entregarles a ustedes una más de las muchas historias que, más detalladas o menos, existen ya publicadas en Internet, sobre el Internet. Mi propósito es que, confiando en que la información está ya ahí, disponible como nunca antes,

nos aventuremos sobre el siempre más fascinante horizonte de pensarla y repensarla.

Cinco viñetas en dirección a ese propósito.

Uno: Antes que el huevo y la gallina, la imaginación

Bien conocido es el relato, oral, escrito y gráfico de un Cristóbal Colón postrado en una rodilla frente a sus majestades, los reyes de Castilla y Aragón, también llamados Católicos, tratando de conseguir fondos para su expedición.

La narración sencilla nos dice que Colón fue el primero en corroborar que la tierra no era plana sino redonda. El problema hasta antes de aquel histórico 1492, sin embargo, no era del todo si la Tierra era redonda o no. Eso ya se sabía, de forma general. Al menos parcialmente.

La cuestión radicaba en todo caso en dos asuntos asociados con la entonces forma imaginaria de la Tierra.

Uno era qué había más allá del mar ignoto, el mar desconocido, pero no inexistente; y, por otra parte, de qué manera se podía explicar que, teniendo la forma que tenía, la Tierra era capaz, digamos, de sostenerse por sí misma sin estar colgada de nada.

La leyenda dice que, frente a las muchas dudas de los reyes que habrían de unificar y dar vida a buena parte de eso que hoy llamamos España, Colón recurrió a un artificio. Cuatro definiciones nos da el Diccionario de la Real Academia de la

Lengua para la palabra artificio: Ingenio o habilidad, el primero; predominio de la forma artística sobre la naturalidad, el segundo; objeto construido para un determinado fin, el tercero; y, disimulo o cautela, el cuarto y último.

De todo ello hubo de echar mano Colón, sin duda, cuando con audacia, según se cuenta, colocó frente a los ojos de Fernando de Aragón, sobre la superficie de una mesa, un huevo que se sostuvo por sí mismo.

¿Así de simple? Sí y no. Es claro que, de ser cierta, la especia sobre el dichoso huevo, no fue sino un elemento que cayó en terreno fértil ante un monarca que, eso sí con toda seguridad, ya dudaba de sus verdades anteriores y necesitaba, piénsese así, un *último empujón* para decidirse.

Antes de que el mundo de la época enfrentara, sin tener duda alguna de que la Tierra no tenía tres grandes porciones continentales, que a su vez replicaban toda la fundamentación triádica católica cristiana, como tres son el hijo, el padre y el espíritu santo, ese mundo antes de tres y ahora, con el descubrimiento de Colón, vuelto de cuatro, ese mundo ya había cambiado, interiormente hablando, es decir, en el universo de las ideas de lo posible, para algunos.

Adicional, o la par, como se quiera, a esto, se halla el mundo de los cambios materiales. Uno de los problemas mayores que detuvo por mucho tiempo la navegación más allá de lo conocido, no radicaba en el mundo de las ideas y las creencias, sino en el mundo material de los instrumentos de navegación.

Tal y como lo narra con magistral soltura e imaginación Umberto Eco en su novela *La isla del día de antes*, la inexactitud de los instrumentos de navegación

tanto para medir la distancia como para ubicar con exactitud lugares encontrados durante la travesía, ocasionaba que las islas y territorios “desaparecieran” entre un viaje y otro, dando lugar así, además, a múltiples historias de carácter fantástico.

Si el artificio de lograr que un huevo se sostuviera sobre una mesa no es cierto, de lo que no hay la menor duda es que cuando Colón emprende el viaje, catalejos, compases, cartas de navegación y, desde luego, brújulas habían entrado a ser en lo que, parafraseando a nuestra época llamaríamos, herramientas de nueva generación.

Sin estas herramientas, quizá, los descendientes europeos seguirían hasta hoy tratando de ubicar dónde diablos está exactamente la isla en la que el genovés desembarcó creyendo que eran las Indias.

Dos: El hilo que teje la red

Una historia aún más antigua que la de Colón. Y que como aquella, cierta o no, existe; incluso hasta hoy que estamos aquí refiriéndonos a ella.

Se asegura, como suelen empezar estos relatos inmemoriales, que en algún punto de la China ancestral, un día, tal y como era la costumbre, llegó un joven discípulo a reunirse con su maestro.

Al buscar reconocer en éste su enorme erudición, el discípulo no dudó pues en decirle: “Maestro, eres un hombre sabio entre los sabios”, dijo el joven.

El anciano, sin moverse un ápice replicó: “¿De dónde sacas eso?, joven discípulo, “qué te empuja a hacer semejante afirmación?” “Maestro”, siguió diciendo el muchacho sin sentirse en modo alguno intimidado, “lo que tú sabes es incommensurable, tu sabiduría no tiene límites”, aseguró enfático.

“Eres muy joven”, contratacó el maestro, “ni soy sabio ni sé tanto como tú gustas en creer”. “¿Entonces?”, inquirió el joven con ahínco.

“Nada”, dijo el anciano listo para cerrar aquella conversación, “eso que tú llamas sabiduría y eso que tú reconoces como saber ilimitado, no es, joven discípulo, sino simplemente haber encontrado la punta del hilo que une a todos las cosas, solo eso”.

He recuperado, casi intacto, el epígrafe con que abre, no podía ser de otra manera, para eso sirven los epígrafes, el primer libro fundamental de la nueva era que incluye nuestro presente.

El volumen, que data de mediados de los años noventa del siglo pasado, es tan importante que, nada menos, fue la fuente que dio un primer nombre a la época que comenzaba a asomar la nariz: la sociedad de la información.

Publicado por primera vez en 1996, *La era de la información*, del sociólogo español Manuel Castells, sigue siendo, hasta hoy, un texto de referencia obligatoria.

Apenas 5 años después que apareciera la primera página web publicada, Castells mira con gran tino lo que está sucediendo, pero sobre todo, consigue reflexionar sobre las implicaciones que esos cambios tendrán sobre el futuro de aquel entonces, es decir: nuestro presente.

Volveré a este texto en un apartado posterior. Permítanme ahora hacer un hipervínculo verbal a partir de la historia tradicional china sobre el hilo que une a todas las cosas.

Entre 1970 y 1990, solo por poner fechas que nos orienten cual fantasmas en la carretera, es decir, antes de que los avances en lo que será Internet sea públicos y, aun menos, sean masivos, un nutrido grupo de pensadores de distintas disciplinas, pero predominantemente filósofos, desarrollan lo que se dan en llamar el pensamiento postmoderno.

Este pensamiento precede, a la vez que refleja, una serie de cambios estéticos que en la arquitectura, la música, la literatura, las artes escénicas se desarrollan a la par.

Se trata de construcciones y de pensadores complejos sobre los que no tengo oportunidad de ahondar en este momento. Valga subrayar, empero, para los fines de esta charla sobre dos puentes de la feroz crítica a la época moderna (esa que en buena medida comienza con el descubrimiento de América, por cierto).

Uno, es el desplazamiento que a partir de que el pensamiento postmoderno lo registra, viene sufriendo la idea de que el valor de toda creación recae en la originalidad, en lo inédito, en lo nunca antes visto ni hecho de esa manera.

Lo postmoderno refuta este principio de que hay que ir a lo siempre nuevo, a partir de múltiples ejercicios de lo que se llama popularmente retro, vintage, remake, etc., por un lado, así como a una amplia y seria reconsideración de los saberes “de pueblos y culturas atrasadas” que se dejaron de lado por siglos.

Dos, traigo a colación, así sea únicamente de paso, a un pensador fundamental de esta época: el filósofo francés Gilles Deleuze. Heterodoxo e incluso provocador, Deleuze propone una figura de la biología para explicar lo que a su juicio representa el fin de la edad moderna: el rizoma.

Un rizoma es como identificamos a un tallo horizontal y subterráneo. Como el lirio común, como la papa, el pasto o cualquier tipo de enredadera, así sus tallos no sean subterráneos.

Al proponer al rizoma como la representación de la época que se asoma, Deleuze no solamente avizora en esta imagen una metáfora, sino que traza un método para comprenderla.

Antes de que en sentido estricto hubiera aparecido la red como metáfora reinante de nuestro presente, el francés atina en concebir un dibujo de la realidad, ya no jerarquizado verticalmente, sino horizontal, con múltiples entradas, sin centros fijos y, adicionalmente, como sucede con cualquier rizoma.

Deleuze anticipa lo que será para nosotros una forma de vida.

El rizoma es una red que, pudiendo ser cortada en algún punto, crecerá en otro y encontrará, a fin de cuentas, mediante un sistema de rutas redundantes, la manera de volver a conectar el punto suprimido.

Tres: El policía y el genio

Es cierto que puede haber policías geniales, en las series de televisión, por ejemplo. Pero por lo común, la figura del policía la solemos asociar a la vida dura y ruda, más que a las proezas del saber y el pensamiento.

Cuesta trabajo, pues, pensar en dos representaciones de lo humano más contrapuestas que las de un genio y un policía.

En esta historia entrelazada que me propongo narrarles, coinciden un genio y un policía.

Los dos, a la postre, figuras de la historia norteamericana. No en la misma dimensión, aunque sí unidos por una pasión común: las bibliotecas; y, más que estas propiamente, la idea de información y, sobre todo, orden, que esas recintos de fuentes de información disponibles por bien ordenadas representan.

El genio se llamaba Benjamin Franklin. Inventor, político, científico y uno de los padres de los Estados Unidos.

Primer embajador de su naciente país en Francia, a Franklin, quien vivió entre 1706 y 1790, a él se debe la fundación del sistema de correos norteamericano, la organización nacional del cuerpo de bomberos y de la emisión de papel moneda. Franklin es famoso, también, por lo que se llama el experimento de la cometa, que le permitió inventar el pararrayos.

Fundador de la biblioteca de Washington, nombrada Biblioteca del Congreso, y que funge como Biblioteca nacional de los Estados Unidos, a Franklin se debe la introducción de un sistema de clasificación de la información, en el que dividió lo

que se consideraron por mucho tiempo las áreas del conocimiento, a cada una le asignó un segmento alfanumérico, dando pie al sistema bibliotecológico LC, por las siglas Library of Congress, vigente aún día en miles de bibliotecas en todo el mundo.

El policía, de quien se hizo una película biográfica hace poco, se llamaba John Edgar Hoover. Vivió entre 1895 y 1972, y es recordado por haber propuesto el primer sistema de ordenamiento de la información que dio pie a la fundación del FBI.

Tal cual lo retrata la película, hubiera sido difícil que Hoover ideara una policía basada en información sobre malhechores y sospechosos, de no haber sido bibliotecario. La base de sus sistema, parezca curioso o no, la tomó de la Biblioteca del Congreso.

La idea fue tan simple como efectiva: En una tarjeta como las que se usaban antes en las bibliotecas, catalográficas se llamaban, sustituyó los datos de los libros, mapas, fotografías o cualquier otro material, por el nombre, datos y otras señas particulares de miles de malhechores reales o, según su visión, en potencia de serlo.

Tanto Franklin como Hoover son hijos, aunque entre ellos medien más de 100 años, de la misma nación luterana y calvinista que, al tener como centro la lectura de la Biblia, rápidamente entendió el papel que habrían de jugar en su historia, las bibliotecas, en general, y la información ordenada y, por lo tanto, recuperable.

La historia de Internet es un río que tiene dos afluentes. Por una parte, la paranoia de un ataque soviético que destruyera los principales centros de mando y

datos militares, por lo que idean una red de muchos centros conectados y replicantes.

Y, por otra parte, una añejísima tradición de compartir información y mantenerse permanente conectados entre sí para hacerse llegar materiales muy diversos, que proviene de la red de bibliotecas que pueblan todos los rincones de los Estados Unidos.

La noción de que la información está ahí para que circule, la práctica de hacer accesibles los materiales que se poseen, no es militar ni proviene de la política.

Internet, concebido como un mundo en red en donde lo esencial no es donde está la información, sino la posibilidad de hacerla accesible, debe tanto, pues, a la Guerra fría y sus temores expandidos, como a esas personas que solemos imaginar como perdidas entre el polvo, obsesionadas por el orden y el silencio: los bibliotecarios.

De creerse o no, esos seres, por los que continuamente sentimos un poco de pena, lograron, a la sombra de Franklin, aunque también quizá a la de Hoover, hacer del mundo, Internet de por medio, una gran, una inmensa biblioteca, eso es la Web, ni más ni menos, una biblioteca que crece y crece desmesuradamente.

Cuarto: Una lavadora es una lavadora

La historia de lo humano es, reitero, la historia de la tecnología. Conocimiento aplicado. Capacidad para construir herramientas. Imaginación para utilizarlas.

Hablamos hoy de una revolución tecnológica. Y en cierta medida el término es correcto. Aunque también pudiera decirse que es equívoco.

Se argumenta, no sin razón, que nunca antes en la historia, las personas estuvimos rodeadas de modo tan determinante por la tecnología como ahora. Se dice, y quizá sea cierto, que si volteamos hacia cualquier lado, encontraremos hasta qué grado la vida actual está ligada con lo tecnológico.

Es cierto. Podemos hacer el ejercicio y comprobarlo. Mas, ¿qué no siempre ha sido así? ¿No fue la tecnología de las catapultas lo que le permitió a Gengis Kahn tomar por asalto la capital del imperio chino, allá por el 1200? ¿No debemos a la tecnología el desciframiento del código que los nazis usaban para haber logrado derrotarlos en 1945?

¿No es la invención del uso de la luz en los pintores holandeses, como Rembrandt, resultado de una nueva tecnología en la producción de un tipo de aceites de colores, al que llamamos óleo en el siglo XVII?

¿Hubiera podido Cortés derrotar al vasto imperio azteca que llegaba hasta Nicaragua sin el uso de la rueda? Por no hablar del telégrafo, la locomotora, el motor de combustión interna; pero también, la silla, el lápiz, el bolígrafo, el papel, los botones, las agujetas...

Vivimos, y hemos vivido rodeados de tecnología. ¿Qué es entonces en definitiva lo radicalmente cambió entre la época anterior y la nuestra?

En medio de una era en la que las tecnologías de la comunicación, especialmente ellas, son el gran protagonista, tres pistas para ir comprendiendo la

manera radical en que este tiempo ha transformado, no a la tecnología, sino a nuestro modo de interactuar, de relacionarnos con ella. Tres pistas sobre el horizonte de la experiencia humana, tres nuevos tipos de experiencia inéditas:

- 1) La experiencia del caudaloso río que nos arrastra. Nunca antes los aparatos habían cambiado de manera tan vertiginosa. Basta ver cuánto se ha modificado, en forma y fondo, las lavadoras de ropa en un casi un siglo, y cuánto lo han hecho los celulares en dos décadas. No hemos acabado de conocer todas las funciones de un gadget cuando nos sentimos presionados a cambiarlo.

- 2) La experiencia de una máquina abierta.

Alguna vez, siendo adolescente, abrí un radio que había en la casa. Nunca lo pude volver a cerrar. La experiencia de la tecnología abierta en los smartphones, por ejemplo, ofrece al usuario algo distinto a lo anterior: lo puede volver linterna, mapa, grabadora, cinta métrica y un largo etcétera que se resume en la palabra: aplicaciones.

- 3) La experiencia de despertar con otra cosa en las manos.

Si transformar por uno mismo un aparato que servía para hablar por teléfono en un detector de sismos, es ya de suyo inusitada, el que el aparato cambie a su entera libertad, lo es aún más. Durante 26 años de esmerado cuidado y mimos sin fin, la lavadora que compramos mi esposa y yo, sigue ahí. Nos recibe cada

mañana con la certeza de que no se ha actualizado y ahora sus mangueras están insertas en el techo. Los smartphones, no. Ya se sabe. Ellos y esas aliadas suyas, llamadas aplicaciones, aprovechan la honda oscuridad de la noche, para actualizarse, dicen, aunque en realidad, en cada una de esas actualizaciones rapidísimas que ejecutan entre las sombras, en realidad, tal vez, el cometido último sea hacernos sentir (y padecer) que mientras ellos se actualizan con rapidez y cuando quieren, a nosotros nos cuesta mucho más trabajo.

Con agudeza y enorme tino, el sociólogo Zigmunt Bauman, muerto en su natal Polonia hace apenas un par de años, nos ha legado, en su luminosa idea de *La sociedad líquida*, una imagen imperecedera de esta época y las implicaciones de la experiencia del desplazamiento raudo y sin fin.

Vivir hoy, decía Bauman, se parece a la imagen del patinador sobre hielo, quien, sobre una capa delgadísima de agua congelada, ha de patinar frenéticamente y sin detenerse, a riesgo de que al parar por mucho tiempo, el hielo bajo sus pies se quiebre irremediablemente.

Cinco: La mano de Dios

Aclaro. No me refiero con este título, lo digo por los que conocen de futbol, al gol que en el Estadio Azteca Maradona hizo, con la mano, a Inglaterra en el Mundial de 1986. La última historia que quiero compartirles hoy es otra.

El ballet se llamaba *El amanecer de una nueva era*. Era su primera representación y, en muchos sentidos, la primera de otras muchas experiencias similares que vendrían con los años.

5 de noviembre de 1988. Un primer bailarín y una primera bailarina, de modo tradicional, protagonizaban la pieza. Hasta ahí, todo como se había hecho durante centurias. ¿La peculiaridad? Cada uno de los dos protagonistas estaba en una ciudad distinta, en un continente distinto, en un teatro y en un escenario distinto. *El amanecer de una nueva era*, se había propuesto, y conseguido el financiamiento para llevar a cabo una función en la que una parte sucedía en París y otra en Toronto.

Mil asistentes en total. 600 en Toronto y 400 en París serían testigos de una apuesta sin precedentes. La bailarina y el bailarín principal habrían de sincronizar sus movimientos, tal y como ocurre en el ballet desde tiempo inmemorial. Solo que esta vez, ella estaría en Canadá, y él, en Francia. Exactamente a 5997 kilómetros, en números redondos.

Para darnos una idea del contexto, permítanme insistir que en ese finales de 1988, faltaban aún 6 años para que apareciera Yahoo!, y había pasado apenas dos de la mano de Maradona. En ese mundo no digital, tenía lugar, con base a la tecnología desarrollada para video teleconferencias, la primera puesta en escena desde un doble lugar, o si se prefiere, un no lugar.

Dos años de preparación, más de cien personas entre técnicos y artistas en cada ciudad, miles de dólares invertidos, de pronto, sin más, se quedaron en el aire.

O, para decirlo con palabras que se usan en el argot de los medios, se salieron del aire. Suspendidos, congelados, engarrotados, diríamos en México, los dos bailarines quedaron, no petrificados, pero sí inmóviles, ante la mirada atónita de los asistentes. La imagen se había congelado justo en el momento en que el bailarín estaba por tomar la mano de la bailarina principal.

Ahí, a unos cuantos centímetros, quizá milímetros, sus dedos, no alcanzaban a dar uno con otro.

Pasaron 30 segundos así. 30 segundos que parecieron 30 siglos. Medio minuto, al cabo del cual, la función siguió. Después supimos, cuenta Derrick Kerckhove, que es de quien he tomado a préstamo la anécdota, después supimos que en algún punto de una carretera cerca de Nueva York, un borracho había chocado con un poste. Un poste que conducía la línea de electricidad, que a su vez alimentaba uno de los sitios donde el equipo había instalado equipo para lograr la transmisión desde Toronto.

Así de azaroso; así de frágil. Así de prodigioso. Al cabo de medio minuto, la función reinició.

¿Cuánto duran 30 segundos? ¿Qué tan lejos está lo lejos hoy? Es más, ¿qué es lejos? ¿Australia? ¿Emiratos Árabes, que está a punto de estrenar vuelo a la Ciudad de México? ¿Qué está lejos? ¿El futuro, que se ha convertido en presente? ¿La Tomorrowland, que existe en los parques de Disneylandia y que cuando vamos miramos con algo de ternura como una suerte de *Yesterdayland*?

Cuatro años, mucho o poco, es lo que tardó en completar Miguel Ángel el encargo que le hiciera el Papa Julio II. Pintar la bóveda de la Capilla Sixtina. Ahí, entre 1508 y 1512, el gran maestro, dejó plasmadas nueve historias que corresponden al Génesis. Una de ellas, La creación de Adán, permite ver un Dios luminoso cuyo dedo es buscado por un Adán tras la vida. La transmisión de la imagen y la semejanza, de la vida, a través del feliz contacto de los dedos.

Ahí están, en todas partes y en ninguna. En todos los tiempos y en ninguno.

Si algo ha cambiado en esta era que hemos tenido en suerte vivir, no ha sido la propagación de la tecnología, sino algo mucho más humano, y por ello, más radical y profundo: nuestra percepción del tiempo y el espacio. Nuestras nociones básicas de dónde está cada cosa y dónde estamos cada uno, cada una.

Todo está por inventarse de nuevo, dijo alguna vez el filósofo francés Michel Serres. Es nuestro propio *Génesis*, a través, de nuevo, quién lo diría, del feliz contacto de los dedos.

Escritura e hibridación

Del orden natural de los objetos al (des)orden digital de los sujetos

Antonio Tenorio

Hubo un tiempo en que una cosa era una cosa. Quiero decir, una cosa era solo una cosa. Por supuesto que un reloj redondo de pared, podía servir de charola. O el cofre de un automóvil bajo el sol calcinante de Mexicali, según cuenta la leyenda urbana, servir para freír un huevo a 45 grados centígrados a su rededor.

Un estuche de violín era útil para esconder una ametralladora, según enseñaron los gánsteres de los cuarenta. Sí. Y también, adentro de un camper para pasar vacaciones familiares rodantes, era posible montar un laboratorio de drogas, si uno se guía por las enseñanzas de la serie *Breaking Bad*.

Mas, en todos los casos anteriores, y los muchos que se nos puedan ocurrir, había que transformar ese objeto, había que adaptarlo. Si se me permite la expresión, por más extraño que suene, pues hablamos de objetos, de cosas materiales, había que desnaturalizarlas, transformar eso para lo que fueron concebidas o para lo que eran usadas normalmente.

Todos esos objetos, cosas, y cuantos se puedan ocurrir parecían tener una naturaleza, una suerte de *ser* que les hacía ser lo que eran. Participaban, pues, de una función, de una utilidad predeterminada; de una especie de naturaleza que, insisto, marcaba su destino y su naturaleza.

El orden natural de los objetos, si se le puede llamar así, fue alterado radicalmente con el advenimiento de la era digital.

Los objetos, las cosas que están en el allá fuera de nosotros, parece estar demás decirlo, pero a la vez es de lo más necesario, además de la función o funciones que se supone han de cumplir, esos objetos, esas cosas que pueblan el orden social de las y los individuos, tienen una materialidad, formas, texturas, tamaños, pesos, y a la par de esa materialidad tienen, como parte de sí, un significado que va más allá de su función y de su materialidad.

Pero si esa capacidad para representar algo va más allá de la función y de la materialidad que compone al objeto, estaremos diciendo, entonces, que lo que el objeto representa, lo que toda cosa puede representar en un tiempo y un espacio determinado, es externa a ella, le rebasa; o, para decirlo de mejor manera, creo, hay alguien, o un conjunto de *alguienes*, que le dan significado al objeto, por encima de los límites funcionales y de materialidad del propio objeto.

De este modo, los objetos existen como materia sensible al tacto, la vista o el olfato; existen como función, pueden hacer ciertas cosas y otras no; pero, sobre todo, son objetos humanos porque somos los seres humanos quienes los dotamos de un más allá marcado por *lo que* cada uno de ellos nos representa y *cómo* cada uno de ellos nos representa.

Este ejercicio de construcción de lo que significa cada objeto es, por supuesto, eminentemente social. Son las colectividades humanas, de cada época y

lugar, las que determinarán qué representa, qué significa cada cosa. Y lo hacen mediante el lenguaje; no podía ser de otro modo.

“Si los objetos no hablan por sí mismos, ¿qué se dice sobre ellos y quién lo dice? El significado se construye en el diálogo entre el objeto y quien lo observa, y es por ello que la cultura material tiene significado dentro de su contexto social”, hace ver Elian Hooper-Greenhill, profesora emérita de la Universidad de Leicester, en Inglaterra. (Lleras 25)

¿Qué son hoy los objetos? Me refiero a los objetos que mayor valor social tienen. ¿Qué son hoy los objetos que mayor aprecia, simbólicamente hablando, la sociedad de nuestro tiempo?

Me adelanto y respondo: híbridos. Objetos que, a la misma vez, encarnan y representan un mundo cruzado por la noción de hibridez.

Y si mi adelanté, lo que toca ahora, por lógica, es retrasarse. Dicen que los antiguos griegos confiaban en la verdad de un adagio: Aquellos a quienes los dioses quieren destruir, primero lo vuelven loco.

Dos formas hay, sin embargo, de entender la locura en aquel mundo tan lejano en el tiempo, como cercano a nosotros en muchas de sus significaciones.

Había un forma de estar que es a la que se refiere a aquella de la que habla en su luminoso ensayo Roberto Calasso, *La locura que viene de las ninfas*. El concepto clave en esta ruta es la noción de posesión. Para los antiguos griegos, eso que Calasso llama la locura que viene de las Ninfas, no es otra cosa que el

reconocimiento de que nuestra mente está habitada por potencias que la dominan y que en cualquier momento puede escapar del control del individuo. “Son ellas las que nos transforman y en las que nosotros nos transformamos, remata diciendo”, Calasso.

Enloquecer, diríamos en términos modernos, es quedar poseído por esas potencias que ya están dentro de nosotros. Ser transformados por potencias que nos habitan; la locura es la trágica incapacidad de cada cual de transformarlas a ellas.

La otra vertiente de la idea de locura con que los griegos explicaban lo humano no es contraria a la que ya he contado, sino acaso convergen ambas. En esta segunda asoma la palabra *hybris*.

Para la Grecia clásica, *hybris* es un concepto que hace referencia, sí a la desmesura, pero entendida ésta como una forma de la soberbia, del engreimiento humano en el atreverse a ir más allá de los límites que los dioses le han marcado.

Así, aunque en efecto hay una diosa llamada Hybris que, por supuesto, encarna la falta de mesura, sentido del lugar y la obediencia, en realidad Hybris está presente en la cultura griega más como un tema que como un personaje.

Mesura, moderación y sobriedad, sería el mandato moral desde el Olimpo. Conciencia del lugar que lo humano ocupa; aceptación de su condición finita, mortal, frente a la existencia infinita de los dioses.

¿A qué se refiere entonces el antropólogo de origen argentino, por decisión mexicano hace ya muchos años, Néstor García Canclini, cuando coloca el adjetivo de híbrida a la cultura de nuestro tiempo?

¿Cómo pasamos de un concepto que en el mundo clásico significa dos formas de locura (las dos formas de la locura habría que decir) la posesión de las potencias incontrolables del interior, y la soberbia de no comprender cuál es el sitio de cada cosa, incluyendo a lo humano, frente a los dioses?

Canclini, sin duda el representante más destacado de los Estudios culturales en nuestro país, y quizá en toda América Latina, usa el término hibridación para proponer una comprensión de las culturas contemporáneas, porque lo híbrido, aunque nosotros lo hemos querido referir a la Grecia antigua, y lo volveremos a hacer más adelante, corresponde, en la forma como se usa hoy, a la raíz latina ligada con mezcla de sangres, con mixtura de especies, aún más: con bastardo.

La hibridación es un concepto, como bien explica Canclini, que comenzó a usarse desde los años noventa. La reapropiación de un fenómeno milenario, el mestizaje, es retomado por la academia para estudiar fenómenos como: las migraciones en ascenso, los encuentros y desencuentros interétnicos, la globalización y sus consecuencias, y, por supuesto, las fusiones artísticas, literarias, y culinarias, así como los procesos comunicacionales que se dan en este contexto en el que la disolución de los límites para ser la marca por excelencia.

La palabra híbrido, en su cuarta acepción (ella misma más parece un híbrido que una palabra *pura*) proviene de la biología. Se acerca a la etimología de mezcla,

pero no en el sentido peyorativo de lo que es bastardo, sino del enriquecimiento que ya en 1870 Mendel atribuía al intercambio de información genética en el entrecruce de dos especies. La naturaleza está, así, repleta de hibridaciones que a su vez se van desdoblando en nuevas formas de lo natural que no solo aumentan en su variedad, sino en su capacidad para sobrevivir a distintos hábitats.

Aterrizado en el mundo de los fenómenos sociales, la lista de ejemplos es también vasta. Comencemos con la comunicación misma: qué es el spanglish sino un espacio de hibridación; qué las mezclas de sushi con chiles toreados, los Ángeles azules con orquesta sinfónica, y esos coches a los que gustamos de llamar híbridos porque consumen gasolina y agua, o gasolina y electricidad.

Pero, ¿estamos frente a solo revolturas?, como tal vez las llamaría alguien escandalizado por lo que se conserva su forma original, cualquier cosa que se suponga quiere decir la palabra original.

Dice Canclini en *Culturas híbridas*: “Entiendo por hibridación procesos socioculturales en los que estructuras o prácticas, que existían en forma separada, se combinan para generar nuevas estructuras, objetos y prácticas”.

Esto es, nos encontramos frente a un horizonte inédito en donde la mezcla, el mestizaje, la hibridación no es solo entre especies biológicas, religiones, lenguas u orígenes étnicos.

El mundo contemporáneo, abierto e interconectado, repleto de objetos que son lo que son y al mismo tiempo un montón de cosas más, el acceso transversal a

formas de consumo que superan lo local y aun lo nacional, todo eso, constituye el centro de las culturas híbridas como sello identitario de la época.

Es Canclini, otra vez, quien dice:

“¿cómo designar las fusiones entre culturas barriales y mediáticas, entre estilos de consumo de generaciones diferentes, entre músicas locales y transnacionales, que ocurren en las fronteras y en las grandes ciudades (y no solo allí). La palabra hibridación aparece más dúctil para nombrar no solo las combinaciones de elementos étnicos o religiosos, sino también la de productos de las tecnologías avanzadas y procesos sociales modernos y posmodernos”.

Así, decimos nosotros, frente a sus posibilidades y sus limitantes, frente a su sentido de mezcla inclusiva pero también a la homogenización y estereotipos, a la multiplicación de los mismos patrones, a la expansión de oportunidades de construir identidades múltiples, la hibridación se vive en la tensión entre lo compatible y lo incompatible, lo que puede ser hibridado y lo que no lo será jamás, una creatividad intercultural que parece sin límites y movimientos de rechazo irracional al otro, al distinto, al que piensa diferente.

Podemos decidir vivir en guerra o en estado de hibridación permanente, dice Canclini. Pero no sin reconocer, de modo crítico, que esa hibridación tiene límites, y que estos límites están marcados por lo que no se deja, no quiere o no puede ser hibridado.

Alguna vez, a Carlos Fuentes se le ocurrió que el naranjo, sí, el árbol cuya fruta son las naranjas, podía simbolizar bien lo que significó parte de la conquista de América por parte de España. La imagen es simple. Al traer los primeros naranjos del sur español y plantarlos en tierras americanas, los frutos resultaron ser los mismos, pero diferentes.

La tierra, la altitud, el grado de salinidad del agua de cada sitio provocó, como sigue ocurriendo, que en apariencia se tratase de un fruto al que llamamos naranjas, como las de Valencia o las de Colombia, mas se trata en cada caso de naranjas híbridas que se han cosechado de híbridos árboles de naranjos.

Podríamos decir exactamente lo mismo con los acentos, modismos y palabras que, proviniendo de sus entrañas, como si fuera la tierra sobre la que hubo de crecer cada naranjo americano, se pobló la lengua española, híbrida en cada país y, aun, en cada región.

Sigamos unas líneas más a Canclini antes de encaminarnos hacia el final. Hibridación en un sentido amplio, biológico, étnico, lingüístico, cultural ha existido siempre.

La novedad de esta época, en palabras de Canclini, radica en la necesidad de repensar, y resignificar, problemas relacionados con qué constituye y cuáles son los contornos que contienen a conceptos como cultura, identidad, diferencia, desigualdad y multiculturalidad; así como, dice, “y sobre parejas organizadoras de los conflictos de las ciencias sociales: tradición-modernidad, norte-sur, local-global,

o como lo urbano y lo popular, por no hablar de algo que alguna vez dominó la organización de los preceptos: seguir pensando en términos de alta y baja cultura".

Sobre estas nuevas avenidas de la discusión situaremos, para los fines de esta charla, la relación entre el habla y la escritura en el contexto de la era digital, en particular, en relación con el uso de las plataformas y las formas que la relación, o la oposición, se si quiere verlo así, entre el habla y la escritura.

En una conferencia previa fue muy importante para esta línea de pensamiento dejar sentada la idea que Ricoeur propone para establecer una respuesta aceptable a la pregunta: qué es la escritura, qué la constituye.

El mismo Ricoeur avanzaba sobre la revisión de qué iba a considerar habla para de ahí construir su propuesta. Esto es, determinar a una determinaba en cierto sentido a lo otro.

Si el habla era un acontecimiento sincrónico, escritura lo sería de modo diacrónico; si habla consideraba un universo de receptores cerrado, en cuanto a que es generalmente conocido frente a quién estamos cuando hablamos; escritura entonces se proyectaría sobre un horizonte de receptores (lectores) abierto en el tiempo y el espacio.

Pero la característica tal vez más importante sobre la descansa la visión riqueriana sobre qué es y que repercusiones tiene el acto de escribir, es lo aquello que tiene que ver con el soporte y con la manera en que el mensaje se relaciona con él.

Más fundamental aún: escribir, sigo aún a Ricoeur, es saber que el mensaje quedará fijado, que nos trascenderá, que estará ahí para decir por nosotros y sobre nosotros cuando nosotros ya no estemos ahí. La fijación del mensaje es el punto clave.

Lleguemos al cruce entre habla, escritura y plataformas digitales. De acuerdo con el antropólogo inglés Tim Ingold, una primera gran sacudida en relación con la escritura se da con el paso entre la escritura como trazo de la mano y lo escrito mediante la intermediación de un artefacto: la máquina de escribir.

“Con la mecanografía y la imprenta, dice Ingold, se rompe el íntimo lazo entre el gesto manual y la inscripción. El autor, continúa el antropólogo inglés, transmite sus sentimientos a través de la elección de palabras, no mediante la expresividad de sus líneas” (Ingold 19). Se elude el trabajo a mano y se le sustituye, nos alerta, por una labor mecánica que fija palabras sobre la hoja de papel.

Mas, si este primer remezón separó al movimiento de la producción directa del trazo, siguiendo lo que plantea Ingold, ya nos podremos imaginar el tamaño de la sacudida cuando las pantallas hicieron su aparición, llegando para quedarse.

La inscripción, antes de la máquina de escribir, dibujo de la mano, acompañada, sin exagerar, por todo el cuerpo, se tornó primero acto mecánico de fijación sobre el papel y luego de fijación sobre el cristal líquido.

Y decir líquido y pensar en disolución, en disolvencia, no tiene nada de extraño. Solo que en el esquema original de relación entre habla y escritura sucede que esa era, justamente, ni más ni menos, la característica que hacía que el habla

fuerza y se diera como habla: el saber que, otra vez: para bien y para mal, se disolvería.

Luego entonces, si la escritura se disuelve, o al menos esa es la impresión que la no impresión en papel sino aparición fantasmal en pantalla, deja, la pregunta es inevitable e impostergable: ¿frente a qué estamos cuando estamos frente a una escritura que disuelve?

Las pantallas sobre, dentro, a través de las que se escribe, se movieron de la computadora a la lap top, de ahí al IPad y de ahí a los celulares inteligentes. Mas, el asunto se tornó aún más complejo cuando a las pantallas se sumaron las aplicaciones para poder escribir, de este modo tan peculiar de escribir.

Es curioso, si uno revisa la historia de las promesas de la escritura portátil sobre pantallas, encontrará que las primeras agendas y directorios digitales, se borraban completamente cuando se les acaba la pila, lo que podía suceder en cualquier momento, además.

De ahí, quizá, que las primeras promesas de las primeras aplicaciones vinculadas con escribir en gadgets, estoy pensando en el celular de BlackBerry, insistieran tanto, por un lado, en la seguridad, ciframiento, de la información, como en que lo escrito no se perdería en la eterna noche digital.

WhatsApp, en cambio, apostó por la sencillez y la posibilidad de que no hubiera contacto que, al tener un número celular, no pudiese recibir o mandar un mensaje con otra de las características sine qua non de la oralidad, del habla, la

instantaneidad, la emoción de dejarse llevar por la irrefrenable emoción de lo inmediato.

En esas estábamos, cuando en 2014, hace nada, todo volvió a cambiar. La aparición de Snapchat es la vuelta de tuerca que faltaba en esta historia en la que habla y escritura se han ido disolviendo una en la otra. Y nos volvimos fantasmas.

O, más bien, lo escrito, caracterizado según Ricoeur, lo reitero justo ahora, destinado a serlo por estar y permanecer fijado, puede literalmente desvanecerse cual palabras que se las lleva el viento a la cuenta de 5, 4, 3, 2, 1... La foto íntima, forma de la escritura, al fin, no está más; ¿o sí?

Oralitura es un neologismo, un término, una palabra nueva para lo nuevo, que intenta en la mezcla de su propia construcción poner de relieve estas nuevas formas en las que la pareja disolución-permanencia se comporta y configuran de manera absolutamente distinta a como lo hicieron durante siglos.

Estamos frente a formas corporales, escriturales, espirituales, laborales, pasionales, vegetales, conceptuales delineadas por lo híbrido.

Lo híbrido viviendo la propia hibridación que la palabra híbrido contiene. Cuatro acepciones, lo recuerdo y concluyo: como desobediencia, ¿buena, mala, cómo saberlo?, del orden al que los dioses parecían haber establecido bajo el precepto de que una cosa solo podía ser una cosa; segunda acepción: como mezcla, acaso bastarda, acaso mestiza, en la que cualquier noción de imaginaria pureza se ha terminado de perder en el abismo de los tiempos; tercera acepción:

como biología en tránsito, biología cambiante, fisonomía que se transforma a sí misma; y, finalmente, cuarta acepción: como proceso que rehúye el callejón sin salida de los conceptos irresolubles entre sí; en otras palabras, los fundamentalismos.

A la sombra del viejo primer naranjo que llegó a estas tierras tiempo ha, proveniente tal vez del mismísimo Patio de los naranjos que se halla en la Mezquita de Córdoba; “podemos, dice Canclini, decidir vivir en guerra o en estado de hibridación permanente”.

Pareciera que está en cada quien. Pareciera.

Oralidad y lectura digital.
Construcciones y desciframientos culturales

Hilda Gómez González

Hasta poco antes del fin del Siglo XX, se suponía la identidad de la lectura con el libro. Objeto físico y acción suponían un binomio necesario e imprescindible, aunque estuviéramos frente a un soporte lineal -analógico- del pensamiento y de las demás operaciones que el cerebro humano desarrolla.

Es la historia cultural la que nos recuerda que esta perspectiva de la lectura no ha sido eterna, sino relativamente reciente y que este proceso constituye acciones ligadas a un desarrollo tecnológico, producto de la civilización.

Del libro en papel al e-book hay siglos de tecnología de la lectura y sus soportes.

Recorrer el camino histórico y cultural que va de la imprenta a la pantalla implica considerar los cambios en los usos, contextos y consumos culturales de la población y su relación con las circunstancias de la era digital.

Es pertinente anotar el trazo de la historia cultural de la lectura -y de la escritura, también- puesto que en nuestros días, ante la multiplicación y velocidad del desarrollo tecnológico resulta tentador apelar a “lo humano” en oposición a “las máquinas” -queriendo decir con ello todo lo tecnológico- para subrayar la división entre un mundo pretendidamente “natural” que está perdiendo la batalla frente a un

mundo “artificial” en el que todos los rasgos de lo “intrínsecamente” humano - cualesquiera que sean éstos- están en retirada.

En su muy reconocido libro *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra* Walter J. Ong hace énfasis en los encuentros culturales y las correlaciones entre lectura y escritura como expresiones puntuales de civilización -y, por tanto, procesos “no naturales”- que han ido marcando épocas y transiciones y construyendo perspectivas de mundo desde lo “artificial” sin que con ello se haya extinguido “lo humano”.

Lectura y escritura son dos expresiones, dos aprendizajes humanos que requieren tiempo y conducción especializada. Nadie nace conociendo ni siquiera los rudimentos de estas herramientas y su uso pertinente y adecuado implica la inversión de varios años -cuando no, de toda la vida del individuo.

Desde el libro, como el artefacto que a lo largo de más de 500 años se ha mantenido como soporte de la lectura, hasta la *World Wide Web* las prácticas lectoras están tecnologizadas.

El soporte de papel llamado libro constituye uno de los más importantes logros de la civilización en materia tecnológica a partir de la imprenta, plataforma de producción y distribución que popularizó la lectura en todos los sectores.

En el caso del lenguaje oral podemos anotar que, a diferencia de la lectura y la escritura, se trata de una capacidad natural inherente a lo humano: la capacidad de hablar y simbolizar con palabras.

Mediante el lenguaje oral los seres humanos tienen la capacidad para crear ideas e historias, lo cual constituye el basamento expresivo y significante de la escritura y la lectura -procesos ambos, posteriores en la historia de la humanidad y en la vida de cada persona, al lenguaje oral.

Al día de hoy, la oralidad -la expresión narrativizada del lenguaje oral- sin perder su carácter primigenio, es reconocida como una instancia de igual valor cultural que el lenguaje escrito; ambos están hermanados por la lectura, entendida semióticamente como el proceso de desciframiento de contenidos simbólicos que guarda un texto, concebido a su vez como un espacio de interpretación, como una unidad de significado más allá de las palabras o las frases.³

De esta manera, en los años de finales del siglo XX y los que lleva el presente siglo hemos transitado de la perspectiva que explica y concibe a estas prácticas como tres áreas diferenciadas pero interconectadas, cuya valía social había colocado en el punto más alto e importante a la escritura y a la lectura de libros, a la consideración de cómo el lenguaje oral, el lenguaje escrito y la lectura constituyen prácticas culturales de carácter transversal, hibridadas, que han salido de los espacios canónicos de la llamada alta cultura para, en consonancia con las características de la era digital, practicarse de manera multiplicada, fragmentada, y en convergencia con las plataformas tecnológicas que ofrecen interacción, movilidad y conectividad permanentes.

³ Es ésta una noción de texto asociada a la Semiótica. Textos hiperfrásticos los llama el filósofo mexicano Mauricio Beuchot, en su libro *Tratado de Hermenéutica Analógica*.

Manuel Castells, sin duda uno de los más importantes teóricos de la era digital, ha señalado que “[...] lo más interesante de cualquier transformación tecnológica no es lo que los ingenieros dicen que va a pasar, sino lo que la gente hace con ella” (Castells, 2009), pues en la materia que ahora se aborda las prácticas del lenguaje oral, el lenguaje escrito y la lectura adquieren un carácter personalizado de acuerdo con el uso que cada individuo da a las tecnologías contemporáneas, ya sea en lo individual o formando parte de diversas comunidades, reales o virtuales.

En el texto *Una mirada a los resultados de la ENL 2015 desde la acción de la escuela y la cultura digital*, encuesta que refiere el panorama de esta práctica en México, la investigadora del CINVESTAV, Inés Dussel, a propósito de los resultados de la encuesta apunta

Atrás han quedado los tiempos en que se pensaba que la lectura y la escritura son acciones individuales restrictivas para las cuales se requieren dones especiales. Jesús Martín-Barbero lo llamó el “monoteísmo” de la escritura y la lectura, que sólo valoraba ciertos soportes (los libros), ciertos ambientes (como la escuela y las bibliotecas) y un tiempo exclusivamente dedicado a ello (el tiempo escolar, o el tiempo de ocio, claramente diferenciados). Hoy, por el contrario, se sabe que leer y escribir son prácticas sociales que se realizan en contextos múltiples, tienen formas y soportes plurales, y responden a distintas motivaciones (135).

En la esfera digital, el territorio en el que se juegan las formas contemporáneas de lectura, lenguaje oral y lenguaje escrito nos encontramos con un “entretejido”

de soportes, contextos y contenidos”, como señala el investigador Roberto Igarza en el texto *El desafío de poner en perspectiva el comportamiento de los lectores en México*, que también acompaña a los resultados de la encuesta.

Derivado del uso extendido de Internet y sus plataformas, al día de hoy se lee, se escribe y se intercambian comunicaciones orales en volúmenes, frecuencia y amplitud mucho más grandes que en el pasado.

A través del correo electrónico, las redes sociales, los portales de Internet o las plataformas de mensajería instantánea la gente escribe textos cotidianos derivados de la relación diaria con familiares y amigos, habla por teléfono o graba mensajes y podcasts; se informa y consume noticias; describe y comparte su vida cotidiana y claro, también investiga, hace tareas escolares, comparte contenidos académicos y de investigación y pone a circular obras artísticas y culturales.

Con estos antecedentes es relevante redimensionar las acciones de lectura, expresión escrita y expresión oral toda vez que estamos ante una transformación profunda, casi radical, en la creación, la circulación y la recepción de los textos escritos y orales. A ello habrá que sumarle las características e impacto de los soportes y plataformas que los sostienen (Cordón y Jarvio).⁴

⁴ Cordón y Jarvio (2015) en su artículo titulado ¿Se está transformando la lectura y la escritura en la era digital? citan al historiador Roger Chartier (2005) sobre las mutaciones en la lectura, escritura y aprendizaje que ha visto el Siglo XXI: Una editorialización de la web donde predomina una lectura fragmentaria, menos lineal, menos profunda, pero más extensiva y donde son de gran importancia las derivaciones multimedia. Una lectura social, comentada, compartida en las redes sociales, enriquecida por la escritura de los lectores contribuyentes. Una lectura conectada debido al desarrollo del cloudcomputing (computación en nube), nueva forma de alojar los programas, archivos o sistemas operativos que gobiernan las máquinas. Una mutación de los dispositivos de lectura que se pueden agrupar en computadoras o notebook, lectores de tinta electrónica, Smartphones y tabletas, así como tecnologías de almacenamiento. Una mutación en el mercado del libro. Se

Dado que el libro impreso ya no es el único soporte existente –como se señalaba líneas arriba– las formas de leer ya no están circunscritas a lo que la hoja impresa ofrece; las plataformas en Internet ponen al alcance de quien lee tal cantidad de enlaces, referencias, información extra, datos duros que la lectura se convierte en un proceso rizomático en donde el hipertexto, los metadatos, los *links* amplían los límites textuales de una forma casi infinita.

En su texto seminal, *¿Será que Google nos está volviendo estúpidos?*, de 2008, Nicholas Carr anotaba su preocupación por la pérdida de habilidades lectoras de profundidad, como resultado de la inmersión -o mejor dicho- de *surfear* en la superficie de la pantalla en la lectura a través de Internet, al escribir

[como ya señalaba Marshall McLuhan en los años 60] los medios no son meros canales pasivos por donde fluye información. Ciento, se encargan de suministrar los insumos del pensamiento, pero también configuran el proceso de pensamiento. [...] Es evidente que los usuarios, cuando leen en línea, no lo están haciendo en el sentido tradicional del término; es más, hay indicios de que nuevas formas de ‘lectura’ están surgiendo en la misma medida que los usuarios examinan horizontalmente, a golpes de vista, títulos, tablas de contenido y resúmenes, en busca de resultados rápidos. Casi pareciera que entran en línea para evitar leer en el sentido convencional de la palabra (1-2).

articulan nuevos modelos de consumo nómadas basados en la movilidad, la conectividad y la descarga. Pág. 139

Resalta en esta observación el hecho de que los medios (y por extensión, Internet y las plataformas asociadas a la red de redes) configuran el proceso de pensamiento humano.

Quizá aquí encontramos una de las claves para entender el panorama contemporáneo: los cambios en las prácticas lectoras, asociados a los cambios en los soportes y plataformas de los textos significan cambios en los procesos de pensamiento de los seres humanos. Leer un texto, ir de un enlace a otro, navegar por diversos contenidos, casi de manera aleatoria implica el desarrollo de habilidades que el Siglo XX no conocía y el XIX, menos.

Retomando las perspectivas de la historia cultural, quizá podría servirnos la imagen del palimpsesto para comprender la forma en que estas nuevas habilidades y experiencias se manifiestan en relación con los textos.

Acorde con esto, las acciones del pasado no se borran, no desaparecen, sino que se combinan y se expresan de manera simultánea. Lo nuevo y lo viejo se convierten en una nueva manifestación intelectual y social, híbrida. Y también se hacen presentes nuevos retos y conflictividades.

No contamos con elementos suficientes para conocer en qué se transformarán las acciones del lenguaje oral, del lenguaje escrito y de la lectura en la era digital.

Apenas tenemos algunas herramientas para entender el sentido de su movimiento y vislumbrar prácticas que han cambiado casi para siempre, si no en

todas las personas, sí en una buena parte de la población, particularmente aquella que está conectada.

Hay autores como el investigador Carlos Scolari quien, en el caso de la lectura, para conceptuar el estado de cosas actual, habla de crear nuevas conceptos para referirse a nuevas realidades. En el texto *El translector. Lectura y narrativas transmedia en la nueva ecología de la comunicación*, señala que

El mismo concepto de «lectura», como se ha visto, apenas alcanza para nombrar un conjunto, cada vez más rico, de prácticas lejanas a la tradicional ‘lectura silenciosa e individual de libros. Los sujetos que encarnan estas nuevas prácticas pueden ser nombrados de diferente manera: hiperlectores, lectoespectadores, prosumidores, produsuarios, translectores... todos estos conceptos no son más que un intento de aprehender lo nuevo con los esquemas del pasado (Scolari, 2019).

La apreciación de la lectura y de las creaciones del lenguaje escrito y el lenguaje oral en el Siglo XXI, tanto para tareas de investigación social como para el diseño de planes y programas de estudio, necesita acompañarse con su tiempo y dejar atrás concepciones, que con nostalgia, añoran el pasado.

En un primer momento sería necesario la ubicación de estas prácticas como hechos intelectuales, culturales y sociales mediados por la tecnología, sin dejar de lado que la red reproduce las diferencias y las carencias que existen en el mundo físico.

Asimismo, es precisa la formación para el encuentro con la tecnología. La usabilidad y el carácter intuitivo creciente de las plataformas cibernéticas no garantiza su uso óptimo, es necesario que en el acceso a la lectura en la red exista la formación para saber cómo se busca, qué se busca y valorar lo que se encuentra.

Si el contacto creciente con la tecnología da lugar a nuevas habilidades que reflejan los impactos en los procesos intelectuales de aprendizaje no puede quedar de lado el valorar y dimensionar la importancia del paso de la lectura como un hecho lineal en un dispositivo físico como el libro, a una actividad en un dispositivo electrónico que permite interacciones diversas y consultas, ramificaciones y contacto con textos multimedia.

Ello sin dejar de lado la posibilidad, como de hecho ocurre, que los individuos combinan la lectura, la escritura y la expresión oral en ámbitos digitales con su práctica en ambientes analógicos.

En siglo XXI la lectura, el lenguaje escrito y el lenguaje oral deben ser considerados como actividades de producción y consumo cultural que fluctúan entre espacios muy diversos en los que cada individuo tiene acceso abierto.

A los aprendizajes y prácticas de vocabulario, ortografía, gramática, sintaxis y fortaleza en la argumentación deben sumarse las habilidades para conectar textos de diverso tipo, entender progresiones históricas e influencias culturales, buscar información y datos duros pertinentes.

Hoy día estamos ante otra forma de leer y construir textos orales y escritos, lo que significa que estamos ante otra forma de pensar.

En esta perspectiva es evidente que nos encontramos en una época de transición, cuyos cambios se dan a gran velocidad, en buena medida impulsados por el desarrollo tecnológico.

Al igual que otros procesos y acciones individuales y sociales la lectura, el lenguaje escrito y el lenguaje oral están sujetos al cambio derivado de las prácticas que los individuos llevan adelante y de los contextos sociales, culturales y políticos en que se desarrollan.

Los procesos educativos institucionalizados así como aquellos de carácter informal contribuyen a modificarlos pero es fundamental que esto sea advertido conscientemente y aceptar que la actualidad nos pone frente a nuevos problemas y nuevos retos que es preciso afrontar. Scolari señala, como un proceso que no parece tener vuelta atrás, que

[...] en el siglo XXI cada vez más se lee escribiendo y modificando, ya sea cortando, desplazando, cambiando el orden o introduciendo la propia escritura. Estamos frente a nuevas lecturas que, desde el pedestal de la cultura letrada tradicional, se podrían calificar como «aberrantes» o «desviadas». Lecturas salvajes (Scolari, 2017).

Hablar, escribir, leer. Construir estructuras significantes con el lenguaje oral, con el lenguaje escrito y descifrar sus contenidos han sido piedras de toque de la civilización humana.

Las estrategias que se han instrumentado para llevarlas a cabo han sido cambiantes y en el presente, lo son a una mayor velocidad. Su existencia y práctica expresan

procesos intelectuales, creativos y emocionales interrelacionados, que no es posible desligar uno de otro, pues ponen en juego y exteriorizan la perspectiva de mundo de cada individuo.

Con el desarrollo tecnológico actual su interdependencia es aún mayor y se abre la puerta para que en su práctica, se pongan en marcha nuevas habilidades de comunicación y pensamiento.

Todo un reto para los ámbitos educativos, profesionales y de la vida cotidiana, que inmersos en la esfera digital, la cual presupone un ecosistema tecnológico, no tienen posibilidades de mirar atrás y “recuperar” el pasado.

Nuevas brechas; nuevas competencias Del analfabetismo digital al pensamiento complejo

Antonio Tenorio

Las dos caras

Puede que sea conocido; puede que no. La muy conocida expresión: “ver en cada cosa, las dos caras de la moneda”, tiene un origen mucho más lejano de lo que solemos imaginar.

Alude, desde luego, a la capacidad de ubicar en cada circunstancia problemas, elementos y soluciones de modo posible de modo múltiple.

Ha sido traducida, por decirlo así, de muchas maneras. Desde que las que retoman el lenguaje coloquial: ver el vaso medio lleno o medio vacío, hasta modos más sofisticados de reformularla, como todo la construcción teórica y metodológica que hay detrás de lo que se conoce como la Teoría de escenarios.

Mas, lo que suele privilegiarse en nuestra forma de entenderla es pensar que las dos caras de esa moneda se vinculan con los dos lados que, como es natural, toda moneda tiene. Esto es solo parcialmente cierto.

El origen remoto de la alusión a la moneda para subrayar la importancia de un pensamiento multiestratificado, es decir, que puede ver un prisma donde el pensamiento simplista solo ve líneas, estaría más bien colocado en pleno tiempo de la Roma imperial.

Venerado por los romanos, éstos quisieron rendir culto a uno de sus dioses máspreciados, representándolo en sus monedas. El dios recibía el nombre de Jano y tiene bajo su tutela los comienzos, las transiciones y los finales.

Visto de una manera más simplista, podría decirse, también, que Jano era el dios de las puertas. Plantado de un modo un poco más sofisticado, diríamos hoy que en este dios recaía el misterio, fascinación e incertidumbre que todo umbral nos despierta.

Conscientes de ello, de que todo comienzo, transición y avistamiento de los finales genera emociones que miran a la vez el pasado y el futuro, es que los romanos decidieron representar a Jano como una figura bifronte. Es decir, con dos caras.

No en alusión a que era un dos caras, frase popular también archiconocida. Sino en el sentido de que una cara mira hacia un lado y la otra cara mira hacia el otro extremo. Jano, el dios que mira hacia atrás y hacia delante. Justo desde el punto mismo del umbral, dijéramos.

El dios capaz de seguir, acompañar, el largo camino que una transición representa.

Así, con esas cualidades y con ese trazo en su representación gráfica, bifronte, con dos rostros, colocados cada uno mirando en una dirección, así, Jano fue llevado a las monedas, en lo que en los hechos se convirtió en monedas con más de una cara.

Ver las dos caras de la moneda es, pues, aunque no lo tengamos presente siempre, invocar a Jano, el dios de las transiciones.

Dos problemáticas en los extremos de una transición en marcha.

Como se puede observar a primera vista, el tema de la charla de hoy refiere, desde el título a dos asuntos que si bien se encuentran relacionados, competen, al mismo tiempo, a dos ámbitos distintos.

Hablar de brechas digitales implica entrar en el reconocimiento de que así como la nueva era ha desplegado un número muy importante de posibilidades inéditas para la comunicación, el desarrollo de la creatividad y la transformación de los procesos organizacionales de instituciones públicas y entidades privadas, así también ha planteado problemáticas también inéditas, la más preocupante, quizá, hoy por hoy, es el número de personas que se rezagan día con día de los avances que la expansión de lo digital trae consigo.

Por otro lado, dirigir la mirada hacia las competencias que habrá de requerir el mundo que se abre paso, es enfilar la atención en buena medida sobre quien ya está dentro de este mundo digital y, ya sea con entusiasmo, resquemor, incertidumbre o confusión, trata de avizorar cómo será ese tiempo por venir, y, sobre todo, qué demandará de quien pretenda representar un aporte importante en el mundo laboral.

Analfabetismo digital entre la pobreza y la edad

Muy cerca de la mitad del siglo XIX, se sabe, Carlos Marx y Federico Engels decidieron escribir un breve tratado que era a la vez un llamado a la acción.

Aparecido en 1848, aunque países como Rusia que no llegó, en ruso, claro, sino hasta 15 años después, el Manifiesto comunista mantiene hasta hoy una carácter casi mítico. Tan mítico como el enunciado con el que sus autores decidieron abrir el pequeño volumen: "Un fantasma recorre Europa; el fantasma del comunismo", reza esa primera, contundente y celeberrima sentencia.

Más de siglo y medio después, de algún modo, podríamos hacerla nuestra. Un fantasma recorre el mundo de hoy, el fantasma del analfabetismo digital.

A continuación algunas cifras que dan cuenta de una deuda social a nivel mundial que bien podríamos nombrar como "la nueva de la nueva desigualdad".

Según las estadísticas con que se cuenta, de los 617 millones de habitantes de América Latina, 322 millones tienen acceso a Internet, un 52.2%.

Sin embargo, esta cantidad representa sólo el 10.6% de los usuarios que a nivel mundial usan Internet.

Está solo un punto por arriba de África, cuyas cifras son dramáticas en todos los aspectos.

Menos de la cuarta parte de los africanos puede conectarse a Internet, y su participación a nivel mundial llega apenas al 9%.

El porcentaje de latinoamericanos conectados es significativamente menor que el de los europeos; y no se diga respecto a los norteamericanos.

Está también por debajo de los ciudadanos de la zona de Oceanía.

En el caso de Europa la cobertura de Internet rebasa el 70% de los habitantes, mientras que en Oceanía llega al 72%.

La cifra más alta la tiene, desde luego, Estados Unidos y Canadá, en cuyos territorios prácticamente el 87% de sus ciudadanos accede a Internet sin ningún problema.

Sin duda alguna, propugnar por un acceso más amplio a Internet en las regiones con mayor desigualdad económica, es una tarea que debemos asumir como una responsabilidad global.

Este modelo, claramente desigual, se repite a su manera. Como si fuera un espejo macabro, cada nación, por bajo que su índice de acceso a Internet, reproduce regiones con alta conectividad frente a regiones que se mantienen desconectadas.

De la misma manera que en las naciones que se mantienen rezagadas en materia de conectividad, cuando la hay, serán los sectores urbanos, mejor educados y con mejores servicios los que tengan acceso a ella.

Dicho de otra manera, tanto en África como en América Latina los avances en materia de conectividad vuelven a reproducir lo que son, de fondo, los esquemas de alta desigualdad y profunda inequidad que caracterizan a estas naciones.

No extraña entonces, así, que zonas de población indígena o apartadas de los grandes centros urbanos presenten, en todos los países con índices pobres de conectividad, los mismos altos índices de exclusión que reflejan en otros ámbitos como salud, educación, vivienda, alimentación, etc.

El otro gran sector en el que la exclusión presenta niveles preocupantes, es el de las personas de la tercera edad. En ese caso, incluso habitando en centros urbanos con servicios y contando en no pocos casos estas personas con niveles de educación y bienestar más altos que la población más pobre.

El asunto del analfabetismo digital entre personas de la tercera edad, la ausencia de políticas públicas de inclusión, no es un asunto menor.

Conformada hoy por 76 millones de personas, esa franja poblacional llegará a 147 millones en 2037, y a 264 millones en 2075. Para 2037, el número de personas mayores en América Latina y el Caribe, sobrepasará al de menores de 15 años.

La Comisión Económica para América Latina (CEPAL) ha sido clara en advertir sobre la “la perentoria necesidad de adaptarse a una época de cambios demográficos, que se están produciendo de manera más rápida que en Europa y ocurren en un escenario de subdesarrollo en el cual aún no se logra erradicar la desigualdad y en el que no se cuenta con una infraestructura institucional suficiente en materia de protección y ejercicio de derechos humanos”.

Datos disponibles sobre el uso de dispositivos móviles en América Latina y el Caribe arroja que la franja que corresponde a personas mayores de 55 años, no llega ni siquiera al 10%, pues representa apenas el 7% del universo total.

Si entre las personas mayores que usan dispositivos móviles se le agrega el segmento anterior, de 45 a 54 años, el porcentaje alcanza el 20%. Lejos, sin embargo, del 58% que representan los grupos de edad que van de 15 a 24 años (31%) y de 25 a 34 años (27%).

En cuanto a usuarios de Internet, la CEPAL en su Informe sobre el Estado de la Banda ancha en América Latina y el Caribe de 2016, grafica de modo nítido cómo, en países como México, Chile, Brasil, Uruguay y Bolivia, mientras el grupo de edad que va de los 16 a los 31 años, rebasa el 50%, quienes tienen más de 60 años, no llegan siquiera al 5%.

Es cierto, según refleja el documento de la CEPAL, que en el lustro que fue de 2010 a 2015, América Latina y el Caribe registraron un crecimiento de usuarios a Internet cercano al 23%. Así como también es comprobable que el segmento poblacional por edad que tuvo un mayor crecimiento fue el que va de 31 a 45 años.

Queda, sin embargo, como un gran pendiente para la región qué hacer para incorporar cuanto antes a los mayores de 55 años.

Se requieren estrategias, ha dicho la CEPAL, para replantear la vida de las personas mayores como individuos valiosos y productivos.

Además de injusta y lacerante, la exclusión de los beneficios de la sociedad digital, significa para la región un desperdicio de recursos humanos, experiencia y potencial productivo.

Ello, sin dejar de lado, por supuesto, que el deber de promover y garantizar el pleno ejercicio del derecho al acceso a las tecnologías de la información y la comunicación, por parte de las personas mayores.

La inclusión digital de las personas mayores, implica, desde luego, fortalecer su grado de autonomía y darles elementos que les ayudará a valerse por sí mismas de mejor manera.

Pero no menos, encarar los escenarios de violencia, discriminación y vulnerabilidad cotidiana en los que muchas de ellas viven.

El analfabetismo digital, la brecha que se ensancha

El esfuerzo que debe hacerse a todo nivel, personal, familiar, social, institucional para emprender una tarea de dimensiones colosales llama no dejar a nadie fuera del mundo que ya está aquí y sus posibilidades.

De alguna manera, el analfabetismo digital, entendiendo por ello cualquier tipo de exclusión de las herramientas y plataformas digitales para el progreso de las condiciones de vida, es aún peor que el analfabetismo tradicional, el que se refiere a no saber leer ni escribir.

Es peor, y más lacerante, tanto porque pudiera identificarse como una doble condena. Condenados ya a no poder descifrar lo escrito quienes carecen de esa educación básica, el analfabetismo digital es, si se me permite, una condición cuyo sentido de brecha se expande.

Trato de explicarme de una manera sencilla. Mientras el alfabeto ha conservado por centurias el mismo número de letras y el trazado de las mismas si bien puede variar entre manuscrita o de molde, como se les llama, ello no ha implicado que se hayan modificado radicalmente el saber escribir y el saber leer.

No sucede lo mismo, claramente, con las habilidades de inclusión digital. La expansión en el número de aplicaciones para las que un teléfono celular puede utilizarse se han multiplicado exponencialmente en menos de 20 años, en una tendencia que no habría razón para que variara en el futuro.

Esto es, mientras más tiempo transcurre, más ancha es la brecha que separa al presente digital (que se mueve hacia delante a gran velocidad) de aquellas personas que por una razón u otra se han quedado a la orilla.

A diferencia del analfabetismo tradicional, el analfabetismo digital se ensancha y convierte al proceso de remontar esa distancia social, educativa, cultural y económica en una tarea cada vez de mayor dificultad.

El futuro que ya no dura lo que antes

Hoy parece que nos siguen las citas de libros o pensadores paradigmáticos del comunismo. Traigo a la mente otro. Louis Althusser, uno de los filósofos marxistas más brillantes del siglo XX, nació en Argelia, por entonces territorio francés, en 1918, y murió en un asilo psiquiátrico, en 1990.

En un hecho que estremeció a toda la comunidad intelectual del mundo, y yo diría más allá, una mañana de noviembre de 1980, Althusser estranguló a su mujer.

Acechado por la esquizofrenia desde muy joven, el filósofo mantuvo oculta esta condición hasta la tragedia sobrevino.

El relato donde da cuenta de este padecer y, al mismo tiempo, dice querer hacerse cargo de la responsabilidad por el crimen, Althusser titula ese libro con la frase que ahora recojo yo en el marco de esta charla. *El porvenir es largo: los hechos* se llama la estremecedora confesión.

Sí y no. Claro que el futuro dura mucho tiempo si se le toma, al modo de Heidegger como expresión del tiempo infinito que sobrepasa no solo cada vida humana sino incluso nuestra misma posibilidad para imaginar nada que sea efectivamente infinito.

Sí, como Althusser sentencia: el futuro dura mucho tiempo.

No, sin embargo, en el sentido de la velocidad con la que solíamos mirar aproximarse a eso que llamamos futuro en relación con el punto desde lo miramos, o sea, el presente.

El futuro, como espera, como distancia entre el presente y lo que vendrá después, entre el ahora y ese después, ha dejado de estar todo lo lejos que nos imaginábamos estaba.

El futuro se parece cada vez más a un presente que, en las muchas formas en que se va volviendo presente y a la velocidad en la que aparece y desaparece, ha dejado de durar todo ese tiempo que Althusser quiso advertir en su trágico relato.

La manera en que se han modificado apenas en un puñado de años las competencias que tiene que probar una persona para tener un valor significativo en el mercado laboral, da cuenta de este movimiento vertiginoso, no del presente al futuro, sino del presente reducido a una fracción de vida hacia otro presente que emerge tan rápido como de nuevo es suplido por otro presente.

En esta sucesión de pequeños presentes que se suceden uno tras otro de manera vertiginosa, hoy es de lo más normal que un o una joven se enfrenta con que al terminar la carrera que ha estudiado, las competencias de su área de

estudios, se hayan transformado entre el día que comenzó la carrera y el día que la terminó; o sea, 4 años, ni medio lustro, pues.

De acuerdo con el World Economic Forum, en 2015 las diez competencias o habilidades que tenían mayor valor social y laboral, que era más apreciadas en estos campos era, y las doy en orden: 1. Resolución de problemas; 2. Coordinación con los demás; 3. Gestión de personas; 4. Pensamiento crítico; 5. Negociación; 6. Control de calidad; 7. Orientación a servicio; 8. Toma de decisiones; 9. Escucha activa; y, 10. Creatividad.

Media década después, algunas de estas habilidades o competencias han cambiado de lugar y otras han dejado su lugar a las necesidades de un mundo que se desplaza incesantemente.

Ya antes, la Mtra. Hilda Gómez subraya siete aspectos centrales, al hacer su revisión sobre los eslabones que componen la Cuarta Revolución Industrial, en plena marcha, y con evidentes espacios de expansión ya asentamiento.

Recupero lo que entonces se decía: “La Complejidad como disciplina de conocimiento, es decir, las Ciencias de la Complejidad, como espacio emergente de la práctica científica y como espacio social de desarrollo en el que la humanidad está inmersa poseen siete propiedades que le caracterizan:

“1. La Interconectividad entre los diversos agentes que lo componen; 2. La autonomía de cada uno de ellos; 3. Un comportamiento emergente, es decir, que no puede ser fácilmente predicho ni extrapolado del comportamiento de sus partes; 4. El no equilibrio, el cambio perpetuo; 5. La no linealidad en la relación del

comportamiento de los agentes; 6. La auto organización, la tendencia inherente a la adaptación; y, 7. La coevolución, es decir, los agentes evolucionan con su entorno”.

En ese contexto, marcado por lo complejo, complejidad de lo que nada escapa, a nadie debiera extrañarle la manera en que en apenas 5 años, insisto, se ha desplazado la valoración de las habilidades y competencias.

Y digo que no debiera extrañarnos, siempre y cuando tengamos presente, claro, que detrás de la aparente simplonería que domina el mundo, en el trasfondo, lo que verdaderamente domina, no la apariencia, sino los engranes que mueven a la Cuarta Revolución industrial, es lo complejo, la complejidad como estudio, como carácter, como hábito y, por supuesto, como sistema de organización.

Así, teniendo como eje el reconocimiento de que la habilidad entre habilidades es la complejidad misma, el listado que ofrece el World Economic Forum para este 2020, presenta las siguientes modificaciones con respecto al de 2015:

1. Como habilidad número máspreciada se mantiene la Resolución de problemas;
2. La Coordinación con los demás, segunda en 2015, pasa la 5^a posición, para 2020;
3. Gestión de personas cae del tercero al cuarto sitio;
4. Pensamiento crítico pasa del cuarto lugar al segundo;
5. Negociación cae del quinto al noveno puesto;
6. Control de calidad desaparece, y emerge una nueva categoría: inteligencia emocional;
7. Orientación cae del séptimo al octavo sitio;
8. Toma de decisiones sube del octavo al séptimo lugar;
9. Escucha Activa desaparece y aparece una categoría nombrada flexibilidad cognitiva;
- y, 10. Creatividad, que en

2015 fue colocada en el lugar décimo, cinco años después ocupa el tercer puesto, solo por debajo de resolución de problemas y pensamiento crítico.

Así, pues, el valor de la creatividad. Así

La agricultura, la navegación y el dinero

Se cuenta que cuando comenzaba una guerra, las puertas del templo de Jano, en Roma, permanecía abiertas, un poco para llamar a la población a que acudiera para rendirle culto mientras el conflicto persistía, pero otro tanto en señal de que se atravesaba por “un tiempo abierto”, la frase es mía.

Es de hacer notar, también, que al mismo dios bifronte, Jano a quien está charla se ha encomendado, se le atribuyen tres ámbitos profundamente vinculados con el desarrollo de la cultura como concepto civilizador: la agricultura, el dinero, que ya habíamos mencionado, y la navegación.

Termino con una cita y una metáfora.

En lo que se conoce como el documento orientador E2030, el Estado argentino plasma en 2017 lo siguiente como lo que bien podría ser la línea estratégica fundamental:

“La educación tiene el potencial de reducir la pobreza, promover entornos más saludables, crear una cultura de la innovación y construir sociedades cohesionadas y con ambientes de paz. Sin embargo, los procesos de formación educacional, no pueden por sí mismo generar individuos responsables y saludables,

y además sociedades con mayor prosperidad. Para ello se requiere que la educación sea de calidad, que forme estudiantes con conocimientos relevantes y pertinentes, y con habilidades que permitan enfrentar los desafíos del mundo que los rodea. Fundamentalmente, se requiere que ningún individuo sea excluido de las oportunidades de aprendizaje.”

Hoy, está claro, carecer de conectividad es no solo faltar a un derecho humano elemental, sino colocar a las y los individuos en una situación de vulnerabilidad personal y social que perpetuará sus condiciones de pobreza. En los próximos años, muy cercanos próximos años, estaremos viendo generalizarse operaciones médicas a distancia, transacciones bancarias y financieras, acceso a la información y contenidos educativos, y un largo etcétera que va más allá de tener WhatsApp (lo que tampoco es un tema menor en un país un porcentaje cada vez mayor de hijas, hijos, sobrinos, nietos que emigran por causas económicas).

Mas, está claro también, que la conectividad es una condición indispensable, pero no suficiente. Así como el siglo XX vio crecer a lo que se denomina como analfabetas funcionales, que son personas que saben leer y escribir, pero no lo hacen, así también este concepto puede extenderse a la era digital. Personas que tengan habilidades digitales que usen únicamente para mandar memes que reproduzcan racismo, clasismo, homofobia, intolerancia, radicalismo, fanatismo y un largo etcétera de lastres que nos acechan.

No hay ninguna duda, pues, que los dos ejes sobre los que trabaja Alfabetiza digital: inclusión y fomento de las creatividades digitales, constituyen el detonador que ha de acompañar a la conectividad hacia una nueva era en que el centro de las

tecnologías sea servir a mejorar las condiciones de vida, material y cultural, de las personas.

Resolución de problemas, pensamiento crítico y creatividad, las tres habilidades con mayor valoración para el mundo de un futuro que ya está aquí, no se alcanzarán por sí solos mientras sigamos pensando lo digital como la compra frenética de gadgets y el cambio, aún más frenético, de un celular por otro.

Una metáfora.

A Jano debemos, lo he dicho ya, agricultura, navegación y dinero. Nunca como ahora es clara la época de transición que vivimos. Un mundo, el mundo anterior ha concluido ya, aunque no haya terminado de diluirse. Resiste y en no pocas ocasiones embiste. Jano mira hacia lo anterior y lo que terminará, sí o sí, por expandirse.

Hacia ese punto: sembrar una noción que humanice las tecnologías, hacer de la creatividad y pensamiento crítico la mar sobre la que naveguemos, y, tomar distancia del dinero como fin de un tiempo e intereses que persisten en hacernos creer que lo digital son los objetos, es el llamado que tenemos que atender.

Eslabones de la Cuarta Revolución Industrial

Encadenamientos hacia la reconstitución de lo humano

Hilda Gómez González

Uno

En 2018, *Frankenstein; or, The Modern Prometheus*, la novela de la escritora británica Mary W. Shelley, hija del filósofo político William Godwin y de la feminista Mary Wollstonecraft, cumplió 200 años de haber sido publicada.

Se le conoce como una novela gótica, oscura, de terror, y se le considera como la primera obra de ciencia ficción moderna. Asimismo, es bien conocida la anécdota de que fue escrita como parte de un reto que Lord Byron presentó a sus amigos Mary Shelley, Percy Bysshe Shelley y el médico John Polidori, quienes le visitaban en Suiza y formaban parte de un círculo intelectual prominente de la época, tan interesados en los avances médicos y científicos como en las propuestas artísticas de su época. El reto consistió en la escritura de un relato de terror por parte de cada uno de los presentes.

Era mediados de junio de 1816 y el clima torrencial atípico, la noche y el haber leído *Phantasmagoriana*, una popular antología de cuentos de espectros y fantasmas de origen alemán, constituyeron el marco adecuado para tal actividad. De estas peculiares circunstancias nacieron *El Vampiro*, de John William Polidori y el texto con el que abrimos esta conferencia: *Frankenstein or The Modern Prometheus*, de Mary Wollstonecraft Shelley.

La novela nos habla de los experimentos del doctor Víctor Frankenstein para dar vida a una criatura a partir de restos humanos a los cuales insufló de vida utilizando una corriente eléctrica, como sugerían los experimentos del galvanismo, tan inquietantes, entonces.

La criatura, de un aspecto físico horrendo -aunque de buen corazón- no encuentra su lugar en el mundo y arremete contra su creador a través de dar muerte a sus seres queridos más cercanos, acarreando el arrepentimiento de su creador por retar a las leyes divinas y de la naturaleza.

Existen un sinnúmero de interpretaciones sobre el significado de la novela, pero a no dudarlo, su relación con la ciencia y la tecnología en relación con lo humano es uno de los aspectos que más llama la atención.

Escrito en los tiempos tempranos de la revolución industrial su existencia señala algunas de las preocupaciones de entonces en relación con el poder humano de transformar la naturaleza mediante el uso de la tecnología.

Frankenstein, en este sentido, es resultado y espejo de la Primera Revolución Industrial que apareció con la máquina de vapor que permitió el acceso a la energía hidráulica para ser utilizada en la mecanización de los procesos industriales.

A esta revolución siguió una segunda, que llegó acompañada de la electricidad y la cadena de montaje que permitieron la producción en masa que ha tenido impacto en todas las formas de producción industrial en el mundo.

Una Tercera Revolución Industrial se generó con la informática e implica la integración de la tecnología de la información a los modelos de producción

tradicionales desde la perspectiva operativa, sin interferir directamente con la línea de ensamblaje.

Hoy en día, la humanidad se encuentra inmersa en una Cuarta Revolución Industrial donde las tecnologías fusionan los mundos físico, digital y biológico, impactando en todas las disciplinas, economías e industrias, e incluso desafiando - de nuevo- las ideas sobre lo que significa ser humano.

El concepto Cuarta Revolución Industrial fue utilizado por primera vez en el Foro Económico Mundial, en 2016, cuando el alemán Klaus Schwab fundador y presidente ejecutivo del Foro, lo acuñó para referirse a los avances tecnológicos de última generación que se expresan en la robótica, la inteligencia artificial, la cadena de bloques, o Blockchain, la nanotecnología, la computación cuántica, la biotecnología, el Internet de las cosas, la impresión 3D, los vehículos autónomos, la computación en la nube y otros, que se expresan como la interrelación de los sistemas cibernéticos y los seres humanos a través de la automatización, el intercambio de datos y las conexiones remotas.

Sin ser una perspectiva uniforme, esta Cuarta Revolución Industrial integra numerosas industrias, tecnologías y campos en una visión integradora y ciberfísica que solamente puede ser entendida y estudiada a cabalidad desde las disciplinas de la Complejidad.

Como antecedentes inmediatos de la Cuarta Revolución Industrial, y sin los cuales tampoco se entendería el actual estado de cosas, tenemos a la Sociedad de la información como un estado de desarrollo social y la conciencia del cambio

constante – con sus efectos de inestabilidad, también constante- como fenómeno al que ha abierto la puerta la tecnología de la información y de las comunicaciones.

Esta Sociedad de la información, también conocida como era de la información, tiene sus inicios en los años ochenta con la aparición de Internet y el surgimiento de la *World Wide Web*, lo que propició la convergencia de la red, la fibra óptica y la telefonía móvil.

Los cambios asociados a esta convergencia se han expresado en todas las sociedades, contribuyendo a la globalización que hoy día caracteriza nuestro mundo.

Esos cambios podemos referirlos con algunas características particulares como lo refiere Pablo Lucio Salonio en su muy brillante texto “Un marco conceptual a partir del fenómeno de la complejidad en el siglo XXI”.

Es Extenso: involucra a individuos, a grupos pequeños y organizaciones complejas.

Su Crecimiento avanza a ritmos inusitados: la capacidad de las tecnologías de información y comunicación se duplica en menos tiempo.

Es Ubícuo: ocurre en todos lados casi de manera simultánea.

Es Instrumental: la presencia de tecnologías en nuestra vida cotidiana tiene que ver con los aprendizajes y con las formas de aprehensión del mundo.

Es Sinérgico: los cambios en la vida cotidiana, la información sobre tecnología, la difusión de fenómenos científicos y tecnológicos emergentes alimenta

y pone de relieve los debates sobre la relación entre “lo humano” y “la máquina”, entre “lo natural” y “lo artificial”.

Dos

El 29 de octubre de 1969, hace exactamente 50 años, un equipo de científicos de la Universidad de California (UCLA) transmitió un mensaje que ahora conocemos y practicamos con gran naturalidad. En un evento que tiene ya tintes históricos, se envió el primer mal a través de ARPANET, la red precursora de Internet, a un grupo de colegas del Instituto de Investigación de Stanford. El profesor de informática de UCLA, Leonard Kleinrock y su equipo, enviaron ese primer mensaje.

Lejos estaban Kleinrock y su grupo, de imaginar el impacto y el crecimiento exponencial que tendría Internet: en tan sólo 5 décadas se ha constituido como la base de referencia de la civilización humana.

La Complejidad como disciplina de conocimiento, es decir, las Ciencias de la Complejidad, como espacio emergente de la práctica científica y como espacio social de desarrollo en el que la humanidad está inmersa poseen siete propiedades que le caracterizan:

1. La Interconectividad entre los diversos agentes que lo componen.
2. La autonomía de cada uno de ellos.

3. Un comportamiento emergente, es decir, que no puede ser fácilmente predicho ni extrapolado del comportamiento de sus partes.
4. El no equilibrio, el cambio perpetuo.
5. La no linealidad en la relación del comportamiento de los agentes.
6. La auto organización, la tendencia inherente a la adaptación.
7. La coevolución, es decir, los agentes evolucionan con su entorno (Salonio).

Las Ciencias de la Complejidad, para abordar las interrelaciones de los sistemas complejos, como aquellos con los que convivimos a diario en nuestro horizonte personal y social.

Sin embargo, la complejidad no es ajena de manera alguna a los seres humanos. De hecho, somos un sistema complejo compuesto por innumerables elementos internos que convergen con innumerables elementos externos.

El entorno social, ecológico, biológico, termodinámico es también sumamente complejo, las teorías del conocimiento lo han construido de una manera ordenada para entenderlo no sólo en su complejidad, sino en su inestabilidad.

El profesor George Rzevski de la Open University, Milton Keynes en el Reino Unido, especialista en los temas de complejidad ha trabajado en la noción de “mentalidad frente a lo complejo” o en inglés complexity mindset, la cual hace referencia a la capacidad del individuo o de las organizaciones, para, a través de principios y métodos, coevolucionen con un entorno dinámico y cambiante.

Tres

Yo, robot, de Isaac Asimov, volumen de relatos, fue publicado en 1950. En él, el científico y escritor estadounidense de origen ruso, dio a conocer las tres leyes de la robótica -palabra que él mismo inventó-, como base de lo que podría ser la relación entre los seres humanos y estas “criaturas”, acaso nuevos Frankenstein:

1. Un robot no puede hacer daño a un ser humano o, por su inacción, permitir que un ser humano sufra daño.
2. Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, excepto si estas órdenes entran en conflicto con la Primera Ley.
3. Un robot debe proteger su propia existencia en la medida en que esta protección no entre en conflicto con la primera o la segunda Ley.

Escritas en el contexto de un relato de ficción, de ciencia ficción, estas tres leyes han sido objeto de numerosos análisis que ponen de relieve la relación de los seres humanos con los robots, sí, en la evaluación de lo “bueno” y lo “malo” de los robots y la posibilidad de que se apoderen del mundo. Una dimensión ética subyace en los tres preceptos.

Hoy en día, la serie rusa de Netflix, *Mejores que nosotros*, ubicada en un futuro donde los robots conviven con los humanos inicia, precisamente, con las tres leyes de la robótica.

Cuatro

En 2018 se presentaron cuatro ciberataques contra bancos e instituciones financieras en México que dejaron un quebranto de más de 500 millones de pesos.

Todo parece indicar que los bancos afectados, entre los que se encontraban Banorte, Citibanamex y Banjército no contaban con protocolos de seguridad lo suficientemente robustos que les protegieran de ataques de grupos de delincuencia organizada.

La ciberseguridad es uno de los cinco campos emergentes en la época de la Cuarta Revolución Industrial, los otros cuatro son Fintech, Blockchain, Inteligencia Artificial e Internet de las cosas.

Me referiré brevemente a cada uno de ellos.

Ciberseguridad. La riqueza contemporánea de los datos y su resguardo.

De acuerdo con la Unión Internacional de Telecomunicaciones "La ciberseguridad es la colección de los instrumentos, políticas, conceptos de seguridad, salvaguardas de seguridad, directrices, enfoques de gestión de riesgos, acciones de formación, las mejores prácticas de aseguramiento y las tecnologías que se pueden utilizar para proteger el medio ambiente cibernetico y la organización y los activos de los usuarios".⁵

Estas acciones constituyen un campo emergente de atención en la Cuarta Revolución Industrial además de constituir un proceso transversal que atraviesa

⁵ En Actualidades de la UIT 9 | 2010, Noviembre de 2010 disponible en https://www.itu.int/net/itunews/issues/2010/09/pdf/201009_20-es.pdf

todas las organizaciones, empresas, grupos e instituciones que tienen una presencia en Internet.

Los datos que estas organizaciones manejan o resguardan constituyen referencia de riqueza en el mundo físico, como el ciberataque referido líneas arriba o bien, referencia de riqueza en el ciber espacio. Hoy en día, la disponibilidad de cantidades inimaginables de datos personales constituyen una riqueza que puede transformar realidades, recuérdese por ejemplo el caso de *Cambridge Analitica* y su participación con Facebook para influir en las elecciones de Estados Unidos.

El ciberespacio, entendido como el sitio, o los sitios múltiples, innumerables, donde se interconectan las redes y que constituye un “espacio” simbólico resulta en nuestros tiempos un encuentro de valores y acciones casi inimaginables, los riesgos de la vida física, aún sin resolverse se han trasladado ahí para dar lugar a riesgos diversos como los de comunicaciones: en donde se encuentran las tecnologías como el correo electrónico, mensajería instantánea y redes de comunicaciones; o los Riesgo de Seguridad de la Información, en donde aparecen los dispositivos de almacenamiento, sitios web, contraseñas y malware o los Riesgos de Continuidad del Negocio así como aquellos que comprometen la continuidad de los servicios y los asociados al uso de redes sociales.

Los activos digitales son parte de la riqueza contemporánea de la humanidad, su resguardo se ha consolidado como uno de los intereses más sensibles de la historia contemporánea. La gobernanza de Internet y la definición de protocolos internacionales refieren a esta circunstancia contemporánea de la máxima trascendencia.

Fintech y el valor del dinero

En el sitio de Internet de la Comisión Nacional para la Protección y Defensa de los Usuarios de Servicios Financieros, leemos que “las Fintech son startups (empresas emergentes) que brindan servicios financieros mediante el uso e implementación de la tecnología y para ello se valen de páginas web, aplicaciones y redes sociales con el fin de agilizar y simplificar su proceso de atención.

Algunos de los servicios que ofrecen son:

- Crowdfunding (financiamiento colectivo).
- Lending (prestamos en línea).
- Sistema de pagos y remesas.
- Compra/Venta de activos virtuales (conocidas como criptomonedas).
- Gestión de finanzas personales y empresariales.
- Otorgamiento de seguros.
- Trading (compra venta de acciones) y mercados”.

Las Fintech constituyen una competencia inusual a los bancos, esas instituciones que por siglos han determinado buena parte del flujo y del valor del dinero. La presencia de estas organizaciones financieras se da en muchos casos

sólo en la esfera virtual. Su creciente número y actividad por supuesto que tienen impacto en el mercado de dinero.⁶

Blockchain o como asegurar protocolos y tránsitos en el ciberespacio

En 2008, una persona o un grupo, con el pseudónimo de Satoshi Nakamoto, crearon el protocolo para pagos electrónicos que usaba al bitcoin como moneda virtual o criptomoneda.

El Blockchain, como protocolo constituye una manera de encriptar información y enlazarla en red a todos los usuarios, mismos que pueden monitorear en tiempo real su movimiento.

Aunque la criptomoneda Bitcoin es su desarrollo más conocido, lo cierto es que el protocolo de Blockchain puede ser utilizado en acciones y operaciones diversas. Empresas como Walmart, British Airways, Toyota, UPS, Samsung, Alibaba, Metlife, Facebook, Ford, Prudential, Apple, Nestle o Google están trabajando en el desarrollo y planeación de sus actividades con base en protocolos de Blockchain.

Internet de las cosas

⁶ En México existe la Ley para Regular las Instituciones de Tecnología Financiera, mejor conocida como Ley Fintech. El 8 de marzo de 2018 se firmó la Ley Fintech y fue publicada en el Diario Oficial de la Federación el 9 de marzo.

Una cafetera se enciende a la hora programada para hacer el café, el refrigerador tiene una pantalla táctil para revisar el estado de las legumbres o verificar el inventario de productos, a través del celular es posible monitorear a un bebé o a una mascota a distancia.

El Internet de las cosas han inaugurado una etapa en la que las máquinas establecen enlaces y se envían señales. Una cosa, en la Internet de las cosas, nos dice el Search Data Center “puede ser una persona con un implante de monitor de corazón, un animal de granja con un transpondedor de biochip, un automóvil que tiene sensores incorporados para alertar al conductor cuando la presión de los neumáticos es baja, o cualquier otro objeto natural o artificial al que se puede asignar una dirección IP y darle la capacidad de transferir datos a través de una red”.⁷

La Inteligencia Artificial

Regresamos a *Frankenstein* y a *Yo, robot*: la Inteligencia artificial como el estudio de sistemas que se comportan de una manera inteligente a un observador externo o también, el estudio y diseño de agentes inteligentes, en tantos sistemas que perciben su entorno y toman acciones que maximizan su probabilidad de éxito.

Actualmente, se desarrollan sistemas en escala capaces de aprender y actuar con diversos grados de autonomía para transformarse en componentes

⁷ <https://searchdatacenter.techtarget.com/es/definicion/Internet-de-las-cosas-IoT>

integrales de redes de sensores, bases de datos, agentes autónomos y equipos humanos⁸ que tienen posibilidades de intervenir en casi todos los campos de la actividad humana, compitiendo con lo que las personas pueden hacer, poniendo en crisis el empleo, la organización del trabajo y la percepción del mundo. Termino con lo que señala el filósofo francés Éric Sadin sobre lo que necesitan los humanos para encontrar un nuevo lugar en el panorama actual:

“Primero, un reposicionamiento de tipo ontológico, en la medida en que lo que se redefine es la concepción de lo humano por los humanos. Estos últimos ya no son considerados como quienes detentan una facultad de juicio exclusiva y son simbólicamente suplantados por una nueva instancia de verdad que se estima superior. Y luego un reposicionamiento de tipo antropológico, en la medida en que ya no es el ser humano quien ejerce su poder de acción, con ayuda de su espíritu, de sus sentidos y de su propio saber, sino una fuerza interpretativa y decisional que se tiene por más eficaz, ‘legítimamente’ consagrada a eliminarlo en sectores cada vez más extensos de la vida”.⁹

⁸ <http://www.cefadigital.edu.ar/handle/1847939/1269>

⁹ “La inteligencia artificial: el superyó del siglo XXI”, NUSO nº 279 / enero - febrero 2019, disponible en <https://nuso.org/articulo/la-inteligencia-artificial-el-superyo-del-siglo-xxi/>

La inmensa brevedad, ideas sobre lo mínimo
Vértigo y multiplicidad en tiempo de entremundos

Antonio Tenorio

Aquella noche

No de manera formal, claro, pero bien podría decirse que el siglo XX comenzó el 29 de mayo de 1913, en París. Era una noche no demasiado calurosa, según cuentan las crónicas de la época. Ideal para ir al teatro. Dos genios, nacidos en el siglo anterior, el XIX, se presentaban en el Teatro de Campos Elíseos, ya hoy derruido. Dos genios rusos.

A Igor Stravinski, cuyos días acabarían en los Estados Unidos, se le había encargado la música de un ballet basado en un cuento tradicional esloveno. A Vaslav Nijinsky, coreógrafo, y antes bailarín prodigioso, tocó diseñar los pasos y el concepto dancístico en general.

El ballet tenía, tiene, por título: *La consagración de la primavera*. Fue un escándalo. Hasta 1920, la compañía rusa de ballet que había llevado la pieza a París, en medio de gran expectativa, no volvió a considerarla dentro de su repertorio.

Partidarios de la innovación, que incluyó el hecho de que la introducción cede por primera vez el lugar principal al fagot, y acusadores de sacrilegio, entre ellos connotados compositores de la época, acabaron a golpes.

Aquel teatro, insisto, inexistente ya para nuestro presente, tomado por la policía, quien arremetió en contra de tirios y troyanos con igual determinación, fue, esa noche testigo de un comienzo que no sabía que lo era.

La pieza fue juzgada por muchos como indecorosa. Pero no, no se trataba de una representación de lo indecoroso, sino del anuncio, en forma de metáfora, porque el arte siempre lo es, de un hecho brutal y sangriento que cobraría la vida, se calcula, de entre 10 y 30 millones de personas y dejaría mutiladas a millones más: la primera guerra mundial.

Pero de eso, de eso no se percataron esa noche. Cuando lo hicieron, era demasiado tarde ya.

El breve siglo

No ha habido, nunca, siglo tan breve como el Siglo XX. Apenas un paréntesis, pareciera de pronto, entre el mundo que vio fraguarse las dos primeras revoluciones industriales, el Siglo XIX, y aquel que, en su vertiginoso devenir de apenas sus primeros 20 años, el Siglo XXI, ha visto emerger dos revoluciones industriales más, la tercera y la cuarta.

Una macabra sombra de fatal circularidad ha querido, que además de corto en extremo, el Siglo XX hubiera de terminar, simbólicamente al menos, en prácticamente el mismo lugar que comenzó.

El 28 de junio de 1914, en pleno de centro de Sarajevo, se sabe bien, fue asesinado el Archiduque Francisco Fernando, a la sazón heredero al trono del

Imperio Astro-Húngaro. Este hecho, que luego se sabría fue orquestado por el jefe de la Policía serbia fue el detonante para que se desencadenara la Primera Guerra Mundial.

Marcado por el estallido de la 1^a Guerra Mundial, luego del asesinato, en Sarajevo, hoy capital de la República de Bosnia Herzegovina, el siglo XX vio su ocaso en la irracional y fratricida Guerra de los Balcanes de los años noventa, cuando las pretensiones de un tan viejo como asedo sueño por instaurar la Gran Serbia, llevó al régimen de Milosevic, presidente de esa nación por entonces, a enfascarse en una guerra que además de territorial, hizo vislumbrar la sombra del odio religioso.

La historia trágica de esta región del mundo pareciera una calca de un siglo de inicios tardíos y prisa por terminar. Yugoslavia se integró formalmente en 1918. Un país, una república en la que convergía otras seis: Bosnia, Croacia, Eslovenia, Macedonia, Montenegro y Serbia. En tan solo cuatro años, 1991-1995, se desintegró.

En 1991, Croacia declaró su independencia. Una parte de su población, de origen serbio, se negó a aceptarla y declararon una región autónoma. En apoyo de los suyos, el gobierno Serbio declaró la guerra a la recién formada nación croata.

Para finales de ese año, 1991, el conflicto se extiende a Croacia. Y con ello, se desata lo que podríamos llamar, guerras dentro de la guerra.

Al esquema tradicional de guerra entre países, se le sumaba ahora el choque interétnico que no tardó en devenir en una confrontación de tintes religiosos. Los

serbios de Bosnia, los croatas de Bosnia y los bosnios musulmanes de Bosnia, se enfrentan con crueldad en un conflicto que tuvo dramáticos tintes de campañas de exterminio.

La guerra terminó oficialmente a finales de 1995. Aunque apenas 4 años más tarde, un viejo conflicto entre la región de Kosovo, en Macedonia, y, otra vez, Serbia, devino en una guerra a gran escala con bombardeos de las fuerzas de Naciones Unidas y la acusación contra el presidente serbo, Slobodan Milosevic, por crímenes contra la humanidad.

Un baño de sangre que habría de ser anuncio, como antes lo fuera la consagración de la primavera, de los grandes relatos, que hablaban de pertenecer a grandes países, irían dejando su lugar a las reivindicaciones de etnia, de legua, de religiones bifurcadas en mil formas, todas reclamando una verdad única, incapaz de comprender lo distinto. El siglo XXI. Nuestro siglo XXI.

De la hoguera a la caja de cerillos

La idea de que con el fencer del sigo XX llegó también a su fin el predominio de los grandes relatos, proviene de los historiografía francesa y retomada después por Lyotard.

No se refiere a grandes novelas o cosa que se le parezca. Les grands recites, es la forma en que la filosofía francesa nombró al final del predominio de las grandes construcciones ideológicas y las grandes gestas, comenzadas a la sombra de la

idea de las revoluciones, en el siglo XVIII, de los nacionalismos del siglo XIX, y, finalmente, cobijadas en el XX por un mundo en el que los países, la pertenencia que podía tenerse a ellos, fue, hasta el advenimiento de la globalización, el punto de referencia por excelencia de las y los individuos.

Hace unos días se celebró la reunificación de Alemania. Lejos, sin embargo, se encontraba nadie en aquel lejano cercano 1989, de imaginar que el colapso del mundo comunista significaría la multiplicación de las reivindicaciones y conflictos regionales, del nacionalismo extremo y del fundamentalismo religioso.

El final de los grandes relatos, que es como llamó a la época Françoise Lyotard, o, si se prefiere, el fin de las ideologías, es decir, la clausura del mundo bipolar conocido entre 1945 y 1990, significó, pues, desprender a los sujetos de grandes referentes, de un sentido ancho y hondo de utopías, de una noción de horizonte de largo plazo o, incluso, de las energías para emprender hazañas artísticas de proporciones colosales, como en su momento lo fueron las sinfonías grandiosas, novelas como Rayuela o Cien años de soledad, o las obras de la arquitectura pensada en un “para siempre” o el propio sentido renovador y arriesgado del arte. Al modo de Stravinski, por ejemplo.

Trabajar sobre formas marcadas por la exactitud y una aparente sencillez ha marcado el rumbo de la nueva época.

De la hoguera en torno a la que la tribu se reunía a escuchar los grandes relatos sagrados, hemos pasado a la caja de cerillos con la que, solitario y

desacralizado, cada cual camina, sola, solo, por un sendero angosto, solitario, desacralizado.

La reinvención de lo mínimo

La tiempo actual, por supuesto, no inventó la brevedad. El culto por lo mínimo, y no me refiero por ello a la idea del “mínimo esfuerzo”, también presente en este tiempo, tiene caminos tan antiguos como diversos.

El arte de lo breve, ha sido desde muchos siglos eso. La combinada destreza entre imaginación y habilidad para condensar en formas en miniatura expresiones de lo humano.

Desde el Haiku oriental hasta el *Libro de los proverbios*, en la Biblia, pasando por el aprecio por el aforismo como género (hoy, expresado como epidemia de eso que identificamos como *Quotes*), las escrituras mínimas son de tan larga data como de arraigada tradición.

La palabra minimalismo se usó formalmente, aplicada a la música, por primera vez en 1968. Su expansión ha sido constante. Al grado hoy, incluso del chiste. Cuando alguien no tiene para muebles en su apartamento simplemente se declara minimalista. Pero el concepto es serio y refiere esencialmente al uso del mínimo de elementos que sea posible usar.

Cada disciplina que abarca, y que ha hecho suyo el concepto, de la música a la arquitectura, del diseño a la escritura, e incluso la gastronomía, ha aplicado este principio de moderación a su ámbito.

Una paradoja, sin duda, en un época, la nuestra marcada en muchos sentidos por los excesos.

Señalo de manera más que apretada 5 circunstancias que se han conjugado a mi parecer es esta ensanchamiento del concepto minimalista y que le han permitido marcar de modo determinante los primeros 20 años del siglo presente.

- a) La expansión de una cierta democratización del acceso y gusto por las formas del diseño propuesto desde los países escandinavos que sin renunciar al equilibrio de lo mínimo, propone formas tan prácticas como aparentemente sencillas para espacios reducidos;
- b) La expansión de formas musicales que cada vez con mayor peso sostienen con ligereza y sencillez, por más contradictorio que parezca, la construcción de las narrativas visuales, ya sea en el cine como tal, o bien en la televisión, en cualquiera de sus formatos, incluyendo la publicidad y las series de Netflix, claro;
- c) La expansión, así sea de modo un tanto diluido y edulcorado, de ciertos conceptos claves provenientes del universo filosófico y vital de las culturas orientales, especialmente aquellos que tienen que ver con su relación con los espacios habitables poco poblados de muebles u adornos, y su noción del vacío, el orden y la predominancia del blanco, como elementos positivos;
- d) La expansión del término minimalismo a todas las artes, resumidas en: motivos breves, procesos graduales, lineales y geométricos; repertorio estable de formas y resoluciones; posición central de cada objeto o elemento que por sí mismo; combinación entre lo puramente estético y lo práctico;

influencias provenientes desde la periferia (Oriente o la cultura escandinava) de los grandes centros cosmopolitas; idea de encontrar la esencia del objeto en formas compactas, cohesionadas y orgánicamente unitarias;

- e) La expansión de lo que podemos llamar las formas de lo menor: frente a las grandes novelas, los microcuentos; frente a la construcción de catedrales, el diseño de objetos de uso diario; frente a películas épicas, capítulos perfectos de series para verse en el IPad; frente a las sinfonías, música que parece hecha para comerciales.

Todo ello bajo el soporte de la multiplicación de las tecnologías de la información y la comunicación como plataformas de acceso global, pero al mismo tiempo de exposición local de la producción creativa y la construcción del gusto.

La vida condensada

No, no fue, pues, el correo electrónico, primero, ni las redes sociales, las que colocaron la capacidad para condensar en el centro de la vida. No fue ni siquiera el gusto por el uso de los *post-it*, esos tuits fijos, se dan la oportunidad de llamarlos así, lo que ha dado vida como nunca antes a esas formas de la escritura en las que menos es más. Máxima central de toda forma de dominio minimalista.

Por supuesto que las plataformas de las escrituras mínimas tiene en las redes a un aliado sin parangón.

Pero también lo es que las ideas, ese mundo que todo lo prefigura, venía ya anunciando desde mucho antes que algo grande, en sentido literal, estaba por cambiar; estaba por cambiar, justamente, la idea del valor de lo grande, lo pesado, la excesivamente elaborado y lo que se hace en el hoy pensando más bien en el mañana.

El concepto minimalismo, así, es un término que ha logrado, por una parte, agrupar distintos ámbitos del quehacer creativo humano, pero sobre todo, que refleja el espíritu de esta época y las ideas que encarnan ese espíritu.

Las resumo en seis, al modo que lo hiciera Italo Calvino, justo antes de morir inesperadamente en 1985: levedad, rapidez, exactitud, visibilidad, consistencia y multiplicidad.

Que las formas en que la escritura, en particular, y el arte, en general se expresan hoy, se han modificado de modo radical, no cabe la menor duda. Que esas formas están unidas íntimamente con las plataformas sobre las que se expresan, también es real.

Como nunca antes, cobra vigencia la idea que ya en los años sesenta McLughan anunciaaba: el medio es el mensaje. Y sí, el medio, las tecnologías de la información, el mundo digital, las plataformas digitales, son, de muchas maneras, partes indisolubles del mensaje.

Mas, el propio Italo Calvino reconoce, quiere creer, y con él, que al lado de las formas cambiantes, incluso cuando este es de un modo tan vertiginoso como lo es ahora, que incluso en esas condiciones cambiantes como nunca, hay algo en la

escritura, en el arte, que solo la escritura tienen y pueden expresar. Hay cosas que solo la escritura, con sus medios específicos, puede y debe dar, insiste Calvino.

Paradoja suprema de nuestra época la constituye, sin duda, el hecho de que, siendo como son los seis principios que enuncia Calvino una suerte de ruta de viaje para este siglo, su propósito al concebir esos seis principios lo animaba ser capaz, llamarnos a ser capaces nosotros con él, de reconocer en lo pasajero, lo fútil, lo accesorio aquel lastre del que debíamos desprendernos.

Levedad, la rapidez, la exactitud, la visibilidad, la consistencia y la multiplicidad, se tornan así en piezas móviles, modulares, de una figura mayor en la que encajan, la transparencia.

Poliedro en el que estos seis principios y la figura de transparencia que forman, alertan sobre lo que de tan pasajero se torna en oportunismo o cínica pretensión de que mañana nadie recordará nada.

Mas, la paradoja asoma al percatarnos que se trata exactamente lo contrario.

Ser capaces de comprender que será en el reconocimiento de nuestra condición de vida pasajera, como condición humana, lo que ha de otorgarnos, pasajeros de este mundo y pasajeros en este mundo, de encontrarnos con el otro, con lo otro. Por más inquietante o distinto que en sí sea.

Ser capaces de hallar en el esplendor de lo mínimo, un fragmento de la luz que corresponde a todo. En la responsabilidad con el presente, la posibilidad de ese presente que hoy llamamos y escribimos futuro.

Pasajeros, pero consistentes; tal, la virtud que no solo ha de salvar del cinismo, sino de encaminar en lo mínimo, lo mayor.

Bibliografía mínima citada

Althusser, Louis. *El porvenir es largo: los hechos*. Barcelona: Destino, 1992.

Bauman. Zygmunt. *Vida líquida*. Barcelona: Paidós, 2006.

Beuchot, Mauricio. *Tratado de hermenéutica analógica*. México: UNAM-ITACA, 2000.

Calasso, Roberto. *Las bodas de Cadmo y Harmonía*. Joaquín Jordá, Traducción. Barcelona: Anagrama, 1990.

La locura que viene de las ninfas y otros ensayos. Teresa Ramírez Vadillo, Traducción. México: Sexto piso, 2004.

Calvino, Italo. *Seis propuestas para el próximo milenio*. Mariana Bernárdez, Traducción. Madrid: Siruela, 1989.

Carr, N. (2088). ¿Google nos está volviendo estúpidos? Abril 2, 2019, de Google Sitio web:
<https://docs.google.com/viewer?a=v&pid=sites&srcid=ZGVmYXVsdGRvbWFpbnxhcHJlbmRpemFqZXlhZG9sZXNjZW5jaWF8Z3g6NDJINGEwNWE4OTFkZTJINg>

Castells, Manuel. *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. México: Siglo XXI, 1999.

"El lado oscuro de Internet somos nosotros", en BBC Mundo. (2009). Abril 5 2019, de Sociología Contemporánea Sitio web:
<http://sociologiac.net/2009/11/21/manuel-castells-el-lado-oscuro-de-Internet-somos-nosotros/>

Cicerón, Marco Tulio. *Del orador*. José Javier Iso, Introducción, traducción y notas.
Madrid: Gredos, 2002.

Conaculta. (2015). Encuesta Nacional de Lectura y Escritura 2015-2018. Abril 3, 2019, de Conaculta Sitio web:
https://observatorio.librosmexico.mx/files/encuesta_nacional_2015.pdf

Cordón, J. A., & Jarvio, A. O. (2015). ¿Se está transformando la lectura y la escritura en la era digital? Revista Interamericana de Bibliotecología, 38(2), 137-145. doi: 10.17533/udea.rib.v38n2a05

Damasio, Antonio. *El error de Descartes*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1994.

De Kerckhove, Derrick. *Inteligencias en conexión: hacia una sociedad de la web*. Wade Rowland, Traducción. Barcelona: Gedisa, 1999.

Deleuze, Gilles. *Rizoma*. David A. Rincón, Traducción. México: Fontamara, 2009.

Eco, Umberto. *Historia de la fealdad*. María Pons Irazazábal, Traducción. Barcelona: Debolsillo, 2007.

Fuentes, Carlos. *El naranjo o los círculos del tiempo*. México: Alfaguara, 1993.

García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas*. Barcelona: Debolsillo, 2001.

Ingold, Tim. *Líneas, una breve historia*. Barcelona: Gedisa, 2007.

Lleras Figueroa, Cristina. “¿Objetos Demodé? Museos y patrimonio intangible”, en *Calle14. Revista del Museo Nacional de Colombia*. Num. 2, Diciembre 2002, Bogotá, Colombia, pp. 23-29. <file:///C:/Users/Antonio/Downloads/Dialnet-ObjetosDemodeMuseosYPatrimonioIntangible-3232090.pdf>

Ong, Walter. *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. Angélica Shrep, Traducción. México: FCE, 1987.

Ovidio Nasón, Publio. *Metamorfosis*. Rubén Bonifaz Nuño, Introducción, versión rítmica y notas. México: SEP, 1985.

Ricoeur, Paul.

La metáfora viva. Agustín Neira, Traducción. Madrid: Europa, 1980.

Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido. Graciela Monges, Traducción. México: Siglo XXI-Universidad Iberoamericana, 1995.

“Habla y escritura”, en *Teoría de la interpretación...*

Salonio, Pablo Lucio.

“Un marco conceptual a partir del fenómeno de la complejidad en el siglo XXI”, publicado por la Revista Visión Conjunta Año 11, Nº 20, disponible en <http://190.12.101.91:80/jspui/handle/1847939/1269>

Scolari, C. (2017). El translector. Lectura y narrativas transmedia en la nueva ecología de la comunicación. Abril 4, 2019, de Carlos A. Scolari Sitio web: https://hipermediaciones.com/2017/03/02/el-translector-lectura-y-narrativas-transmedia-en-la-nueva-ecologia-de-la-comunicacion/?fbclid=IwAR2Ed5UyEhKr2G78Lq1GQUPm1ggqTBCdzQr0_bRmGTuJUO2dxyGuECd_kjc

La lectura en España: informe de la situación. Abril 6, 2019, de Carlos A. Scolari Sitio web: https://hipermediaciones.com/2017/02/22/la_lectura_espana/

Yates, Francis. *El arte de la memoria*. Madrid: Taurus, 1974.

